

SERVICIO SECRETO

Tiempo para matar

keith luger



Marc Lapierre se sentía como un animal acorralado. Sabía que iba a morir.

Sólo un milagro podía salvarlo.

Pero Marc era el primero en saber que los milagros ocurrían con muy poca frecuencia. Estaba cruzando la plaza Pigalle.

Dos hombres le iban a la zaga.

Y ahora descubrió a un tercero allí, justamente en la acera. Al instante comprendió que era uno de los cazadores.

Marc tenía un pañuelo en la mano y se lo pasó por la cara y por el cuello. Estaba sudando.



Keith Luger

Tiempo para matar

Bolsilibros - Servicio Secreto - 825

ePub r1.0
LDS 18.03.19

Título original: *Tiempo para matar*
Keith Luger, 1966
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



SS SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Marc Lapierre se sentía como un animal acorralado. Sabía que iba a morir.

Sólo un milagro podía salvarlo.

Pero Marc era el primero en saber que los milagros ocurrían con muy poca frecuencia. Estaba cruzando la plaza Pigalle.

Dos hombres le iban a la zaga.

Y ahora descubrió a un tercero allí, justamente en la acera. Al instante comprendió que era uno de los cazadores.

Marc tenía un pañuelo en la mano y se lo pasó por la cara y por el cuello. Estaba sudando.

Pero eso era lógico porque ya estaba metido en las llamas del infierno.

Se estaba asando.

Sólo tenía una posibilidad de vivir.

Jacques Jordan era la única persona en el mundo que podía salvarle. Jacques Jordan era un tipo estupendo.

Habían sido compañeros en muchas aventuras para las que se necesitaban tipos duros, capaces de jugarse la piel.

Si Jacques Jordan hubiese surgido de cualquier parte, muy cerca de él, las cosas hubiesen cambiado mucho.

Pero Jacques no estaba cerca de él. Ni siquiera sabía dónde podía encontrarse Jacques en aquel momento.

Se desvió del tipo que estaba en la acera y entró en un café. Al cruzar la puerta vio que se llamaba el Provenzal.

La cabina telefónica estaba desocupada.

Entró en ella sabiendo que era el peor lugar para un refugio. Allí le podían meter cuantas balas quisiesen.

Pero daba lo mismo que fuese un proyectil o cincuenta. Con un

proyectil moría un hombre, y con cincuenta era el mismo resultado.

Lo importante era dar con Jacques.

Marcó el número que tenía en la memoria.

Jacques vivía en una casa de apartamentos, muy lejos de allí. Sintió que el sudor le caía por la cara y se enjugó con el pañuelo. Un timbrazo, dos, tres…

No, Jacques todavía no había llegado al apartamento. Hasta era posible que Jacques no fuese en toda la noche. Quizá estuviese con una rubia, con una pelirroja o con una morena…

Jacques no se enteraría de que estaban a punto de matarlo.

¿Por qué se le había ocurrido vender la pistola?

Un hombre como él debía conservar siempre el arma, bajo la axila o en el bolsillo de la chaqueta…

Una pistola para tipos como él era un artículo de primera necesidad.

Pero ya había cometido la equivocación y no podía rectificar. Ésa era su tragedia.

¿Qué podía hacer?

Sintió un estremecimiento al ver que uno de los cazadores entraba en el local y miraba a derecha e izquierda.

Se quiso encoger en la cabina, pero no le sirvió de nada. Ya había sido localizado por aquel individuo.

Nada ni nadie podía salvarle.

Ni siquiera Jacques podía hacer algo por él.

El zumbido seguía sonando a la otra parte del hilo. No servía para nada y colgó.

Ahora entró otro sujeto, el que completaba la pareja.

El tercero estaría en la calle, por si ocurría alguna cosa imprevista, por ejemplo, que él saliese del local sin ser abatido.

Marc comprendió que se había metido en la ratonera. Era el final.

Abrió la boca porque el aire que respiraba por las narices no era suficiente para sus pulmones.

No, no podía establecer comunicación con Jacques, pero tenían un amigo en común. Victor Paraf.

¿Cuál era el número de Victor, condenación?

El 2, el 6, el 7… No, maldita sea, no era el 7, era el 4.

Fue marcando poco a poco, sintiendo cómo su cuerpo se

convertía en jalea. Si al menos se entretuviesen aquellos dos tipos un poco…

Tuvo suerte.

Un hombre y una mujer que salían se detuvieron entre la cabina y la puerta. Discutían acaloradamente.

Un minuto más, sólo un minuto de vida.

Ya estaba sonando de nuevo la señal a la otra parte del cable.

¿Por qué no descolgaba aquel maldito de Victor? ¿Por qué no?

El hombre y la mujer seguían increpándose. Se insultaban. Podía oírlos desde allí.

—Te he dicho que no me gusta verte en compañía de Romain.

—A ti no te gusta nada, ni Romain, ni Paoli, ni Pierre…

—Eres mi mujer, ¿no?… Se supone que soy el único que tiene los derechos. En aquel momento descolgaron el teléfono.

—¿Victor? —exclamó Marc anhelante.

—Al habla.

—Soy Marc Lapierre… Me van a matar…

—¿Cómo?

—He dicho que me van a matar…

—Eh, muchacho, ¿te encuentras bien?

—Victor, he tratado de ponerme en contacto con Jacques, pero no está en su apartamento. Hay tres tipos que me siguen. Estoy en el café el Provenzal, cerca de la plaza Pigalle…

—Pero ¿qué infiernos te pasa?

—Te he dicho que me van a liquidar… Y no hace falta que te lo repita… ¡Ven aquí, Victor!…

—Eh, muchacho, estoy jugando una partida de póquer y no estoy para bromas.

—No es una broma. Es verdad… Me han buscado para matarme…

—Pero ¿qué es lo que hiciste?

—Víctor, has luchado conmigo… Tráete un par de muchachos.

—¿Estás loco? ¿Es que quieres que organicemos un tiroteo ahí?… Además no sé si estás borracho… Eso debe ser. Bebiste demasiado.

—¡Maldita sea, Víctor!… ¡No me vengas ahora con eso…!

Marc vio aterrorizado que el hombre y la mujer se iban acercando a la puerta de la calle.

Ya iban a salir.

Cuando eso ocurriese, estaría indefenso. Aquellos dos hombres sacarían las armas.

—Víctor, ya no hay nada que hacer…

—Pero ¿qué dices?

—De un momento a otro me van a matar… Mi pelotón de ajusticiamiento está dispuesto… Escucha, Víctor, encuentra a Jacques… Dile que hable con Juliette. Ella no sabe mucho, pero le dije unas frases… Sólo tuve tiempo para eso…

En aquel momento, Marc interrumpió lo que estaba diciendo.

Los dos hombres sacaron las pistolas y se acercaron rápidamente a la cabina.

—¡No! —gritó Marc—. ¡Esperen un momento!… ¡Esperen, por lo que más quieran!… Los dos hombres se pusieron a disparar.

Marc oyó como los cristales de la cabina saltaban y, luego, agujas al rojo vivo se pusieron a morder su carne.

Golpeó con su hombro en la pared de la cabina y empezó a derrumbarse.

Lo último que vio fue cómo aquellos hombres seguían disparando. ¿Qué más daba una bala que cincuenta?

Se derrumbó y el teléfono quedó descolgado.

—¡Marc!… —Oía por el teléfono—. ¡Marc!… ¿Qué te pasa, Marc?… El café se llenó de chillidos.

Los dos asesinos echaron a correr y, en unos instantes, salieron del café.

CAPÍTULO II

Jacques Jordan alargó la mano y tomó un cigarrillo de su paquete, en la mesilla de noche.

Se puso el cigarrillo en los labios y encendió.

Entonces, un brazo desnudo apareció por el lado izquierdo de él, y una mano de dedos largos y uñas pintadas le quitó el cigarrillo de los labios.

La mujer era muy bella.

Después de inhalar el humo del tabaco, lo soltó por los agujeros de la nariz.

—Jacques, ¿por qué no me llevas a Cannes?

—¿Qué se nos ha perdido en Cannes, ángel?

—Tú y yo estaremos solos.

—También lo estamos aquí…

—No digas eso. Adrián puede venir de un momento a otro.

—¿No dijiste que se iba por una semana a Londres?

—Sí, pero también advirtió que, si terminaba el negocio pronto, regresaría mucho antes.

—Entonces, será mejor que me vaya.

—¿Quién te echa? —gritó ella incorporándose también. Jacques entró en el cuarto de baño.

Se lavó las manos y se peinó.

La joven se puso una bata y fue también al baño.

—Jacques, así no podemos seguir…

—Está bien. No te volveré a ver.

—Eres un miserable. No quería decir eso.

—Cariño, no debes comprometer tu vida. Es buena. Tienes un lujoso apartamento, tu frigorífico está repleto y tu bar es de los mejores…

—Pero no tengo amor… Sólo el que tú me das.

—¿No puedes olvidar que fuiste letrista de canciones ye-ye?

—No te burles, Jacques —dijo ella y le enroscó sus brazos en el cuello. Hizo un mohín ofreciéndole sus labios entreabiertos.

Jacques le dio un beso, pero hacía rato que su pasión se había consumido como la yesca.

—Jacques, ¿cuándo volveré a saber de ti?

—Un día de éstos…

—Dame tu número de teléfono.

—No puedo. Y yo ya tengo el tuyo.

—Eres un monstruo… Debería estrellarte algo en la cabeza.

Jacques desenroscó el brazo femenino y salió a la habitación, en donde se puso la chaqueta.

—Hasta la vista, cariño —dijo.

La joven se encogió de hombros mientras Jacques salía por la puerta. Cuando llegó a la calle, Jacques se metió en su coche, un «Florida».

Lo que le hacía falta ahora era una buena partida de póquer.

Su cuenta corriente había disminuido mucho durante las últimas semanas. Fue al garito de Marcel Teissier.

La habitación estaba llena de humo.

Jugaban tres conocidos y un primo. Victor Paraf se levantó.

—Eh, Jacques, ¿no te enteraste de lo de Marc Lapierre?

—¿Qué pasó?

—Se lo cargaron en un café, cerca de plaza Pigalle. El rostro de Jacques se convirtió en piedra.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace un par de horas…

—¿Quién lo hizo?

—No se sabe… Marc te estaba buscando. Lo seguían. Llamó aquí.

—¿Qué dijo?

—Eso, que te necesitaba. Tres tipos lo estaban persiguiendo. Jacques alargó la mano y atrapó a Victor por el cuello.

—Eh, Jacques, cuidado, es una buena camisa.

—Y también tienes una buena cara, pero te la voy a romper.

—Jacques, yo no pude hacer nada.

—Seguro que Marc te pidió ayuda.

—Bueno, la pidió. Pero ¿Qué podía hacer yo? Estaba aquí… Hubiese tardado media hora en ir al café. Al muchacho le había llegado la hora, y nadie pudo echarle una mano. Ni siquiera tú hubieses podido.

Jacques apretó los maxilares.

—¿Qué más dijo?

Víctor miró hacia la mesa.

Sus compañeros habían suspendido el juego.

Jacques comprendió y sacó a Víctor del reservado, al corredor.

—Vamos, dilo ya.

—Dijo que te entrevistases con Juliette… Que él le había dicho algo que tú comprenderías cuando ella te lo repitiese.

—¿Algo más?

—Nada. Eso es todo.

Jacques soltó un gruñido y se marchó de allí.

La casa de Juliette estaba muy lejos, pero tenía que llegar cuanto antes. En quince o veinte minutos.

* * *

Juliette lanzó un grito cuando vio que la punta del cigarrillo se acercaba a su cuello.

—No me hagan eso…

Dos hombres la sujetaban sobre la cama y el tercero era el que tenía el cigarrillo encendido.

—¿Qué es lo que dijo Marc, nena?

—Nada, no me dijo nada…

La mano que manejaba el cigarrillo se movió bruscamente.

Juliette lanzó un grito cuando la punta encendida entró en contacto con su cuello.

—¡Por favor…! ¡No siga!…

—Eso va a depender de ti —dijo el hombre que le había quemado, después de retirar la mano.

—No sé nada…

—Oye, nena. Sabemos que ese tipo estuvo aquí… Lo vimos entrar en la casa. Estuvo más de quince minutos contigo. Luego, salió… ¿Qué fue lo que te dijo? Eres una estúpida si no lo sueltas.

Ya no es necesario que seas fiel a Marc. El está muerto… ¿Lo oyes? Muerto.

—No lo sé…

El hombre del cigarrillo dio una chupada a éste y bajó el brazo. Esta vez el cigarrillo quemó la piel, entre los dos senos de Juliette.

Ella lanzó un alarido y uno de los hombres que la sujetaba tuvo que cubrirle la boca con la mano.

—¡Lo diré! —dijo Juliette—. ¡Lo diré…!

—No cambies de opinión. Vamos, escupe…

—Marc dijo que yo tenía que hablar con Jacques Jordan.

—Entiendo. Tenías que darle a Jacques un mensaje.

—Sí.

—¿Qué clase de mensaje?… Anda, repítelo…

—Hotel Republic… Diez noche. Habitación 132…

—Sigue.

—Eso es todo.

—Tuvo que decir más.

—No, señor, no agregó una sola palabra.

—Eres una embustera.

—Le juro que le he dicho todo.

—¿Cómo quieres que te crea?

—No puedo mentirles… ¡No quiero que me quemen más!… Necesito mi cuerpo. Me gano la vida con él…

El hombre del cigarrillo sacudió la cabeza de arriba abajo.

Dirigió una mirada a los dos verdugos que sujetaban a la joven. Luego, dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

Uno de los esbirros atrapó una media.

—¿Qué vas a hacer? —gritó Juliette.

El que había cogido la media convirtió ésta en un cordel fino. El otro continuaba sujetando a la víctima.

—¡No, eso no!… —gritó Juliette—. ¡Por lo que más quieran!… ¡Déjenme vivir!… El hombre de la media acercó su cara a Juliette sonriendo siniestramente.

—¡No! —volvió a gritar ella.

El tipo le pasó la media por el cuello. Luego se puso a tirar de los extremos.

Juliette desorbitó los ojos. Abrió la boca para respirar.

Pero el hombre que la estaba matando no le dejó ninguna

opción.

El cuerpo de Juliette se estremeció repetidamente y por fin quedó inerte.

Después, los dos verdugos echaron a andar en pos del hombre que había manejado el cigarrillo.

Jacques Jordan abrió la puerta.

CAPÍTULO III

Se detuvo ante los pies de la cama viendo a Juliette.

Sintió toda la furia del mundo en su pecho, en sus entrañas.

La pobre Juliette estaba rota, como una muñeca, sobre el lecho.

Se acercó y observó sus ojos llenos de pánico, muy abiertos, clavados en el techo. Tenía marcas de haber sido quemada con un cigarrillo.

Se inclinó sobre ella y le cerró los párpados. Luego, se acercó a la ventana y miró al infecto y oscuro callejón.

Los gatos se movían sobre los cubos de basura.

La parpadeante luz roja de un miserable club arrojaba sobre el callejón un haz de luz.

Se retiró de la ventana y se puso a registrar los cajones de la cómoda y de la mesilla de noche.

Luego, se fue al cuarto de baño y examinó las cajas de polvos, y el pequeño botiquín cuya pintura estaba cuarteada.

No encontró ninguna pista y regresó al dormitorio.

Vio el magnetófono que Marc había comprado a Juliette unos meses antes.

Juliette siempre había tenido capricho por aquel aparato. Decía que grabaría música. Marc le había comprado un buen modelo, de alta fidelidad, y no era muy grande. Jacques lo puso en marcha.

Empezó a deslizarse la cinta y la estancia se llenó de música de *jazz*. La pieza sonaba quejumbrosa.

Jacques iba a interrumpir la cinta cuando, de pronto, cesó la música.

«Jacques —oyó la voz de Juliette que salía del magnetófono—. Marc me dio un mensaje para ti… Hotel Republic… Diez noche. Habitación 132… El huésped no debe ir a la reunión…».

Jacques consultó su reloj. Eran las seis y cincuenta y cinco.

* * *

El huésped de la habitación 132 del hotel Republic se llamaba Bakki-Lu, ex primer ministro de una República africana, ahora jefe de la oposición en el exilio, después de un golpe militar ocurrido siete meses antes.

Bakki-Lu había huido de la capital de su Estado en el último momento, cuando un grupo de soldados al mando de un oficial lo buscaba para ejecutarlo en el acto.

Bakki-Lu había tenido que huir disfrazado de mendigo y, tras una penosa marcha de cinco días por la selva, en compañía de dos de sus partidarios, pudo considerarse a salvo.

Bakki-Lu era un negro alto, de unos cuarenta años, ojos inteligentes. Durante su exilio no estuvo inactivo. Fijó su residencia en Ginebra, pero había efectuado viajes a París, a Londres, a Nueva York, haciendo discursos y declaraciones a la prensa. Sus contactos con políticos de altura estaba creando un estado de opinión muy favorable a sus intereses.

En los medios diplomáticos se vaticinaba que Bakki-Lu regresaría a su país para hacerse cargo del gobierno en un plazo no largo.

Su secretario era Gaston Deneuve, un hombre rubio, robusto, pelo cortado a cepillo, y cara que denotaba una gran energía.

—Por favor, Gaston —dijo Bakki-Lu—. ¿Cuáles son los preparativos? Gaston tenía entre sus manos un cuaderno de notas.

—Está todo ultimado, excelencia.

—Quiero los detalles.

—La reunión será a las diez de la noche.

—¿A qué hora saldremos del hotel?

—A las nueve.

—¿En qué forma?

—Vendrá a por usted un coche de la Investigación Estratégica.

—¿Qué es eso de la Investigación Estratégica?

—Un servicio secreto.

—¿Policía oficial?

—No, señor.

—¿Qué es entonces?…

—Verá, excelencia… Existen varias clases de policía. Unas son reconocidas oficialmente y tienen su presupuesto… Un estado fuerte necesita lo que se llama…

—Policías paralelas.

—Eso es, excelencia… La Investigación Estratégica es una policía paralela. Se ocupan de casos como el suyo. Ya sabe. Han de proteger su vida…

—No lo entiendo, Gaston.

—¿Qué es lo que no entiende, excelencia?

—Oficialmente, yo no estoy en París. He venido aquí como un ciudadano cualquiera.

—Sí, excelencia. Eso es cierto. Pero, sin embargo, no deja de ser verdad que los organismos oficiales conocen su llegada a París. Para ellos, sería muy comprometido que le ocurriese alguna cosa desagradable.

—Está bien. Pasemos adelante… ¿Quiénes vendrán en auto?

—Tres hombres. El conductor y dos pasajeros. Naturalmente, los tres son miembros de la Investigación Estratégica…

—Continúe.

—Sólo usted y yo podremos viajar en ese auto al punto de reunión.

—¿Dónde se celebrará la entrevista?

—En un hotel de las afueras.

—¿Dónde concretamente?

—La casa pertenece a Christian Sardel.

—¿Quién es Christian Sardel?

—Debe recordarlo, excelencia… Lo conoció el mes pasado en la fiesta de la Embajada americana en Ginebra…

—Recuerdo que había allí no menos de doscientas personas y me presentaron un centenar.

—Christian Sardel es una persona muy eficiente. Luchó contra la OAS en Argelia… Sus servicios fueron indispensables para acabar con la ola de terrorismo.

—Descríbamelo.

—Cuarenta y cinco años. Alto, moreno. Tiene una cicatriz en el mentón.

—Sí, creo que lo recuerdo… Fue el hombre que me sugirió que

crease un comando para cuando regresase a mi país, una especie de guardia personal. El la organizaría y la mandaría durante el primer año… Me pidió un millón de francos y le contesté que yo no necesitaba ése comando.

—Si me permite decirlo, debió aceptar la oferta de Christian Sardel. Es un hombre que sabe lo que se hace, excelencia.

—¿Por qué ha elegido su casa para la entrevista?

—Me pareció la más segura, dadas las circunstancias.

—¿Sabemos algo del representante de la Junta Militar que gobierna mi país?

—Sheddy llegará de unos quince a diez minutos antes que nosotros.

—No me gusta ese Sheddy, lo conozco bien. Fue un agitador… Hizo su carrera defendiendo a la gente humilde y, cuando sobrevino el golpe militar, se unió a los vencedores…

—Perdone, excelencia, pero usted ya sabe que eso ocurre con mucha frecuencia. Sin embargo, no debemos oponernos. Sheddy ha sido nombrado por la Junta Militar para entrevistarse con usted…

—Cada vez me gusta menos.

—Excelencia, debo recordarle que usted quiere regresar a su país sin derramamiento de sangre, según se acordó en la reunión previa que yo celebré con el representante del Gobierno actual. Están conformes en que usted regrese, siempre y cuando se haga una transacción… Sheddy es el hombre que ellos han nombrado para que llegue a un acuerdo con usted.

—Perfecto, Gaston. Si no hay más remedio que hablar con Sheddy, doy mi conformidad. ¿Quién más habrá allí?

—Quizá Sheddy irá acompañado por dos guardaespaldas.

—¿Qué es eso de quizá?

—Lo supongo, señor. No creo que Sheddy se presente solo.

—Nosotros no llevamos guardaespaldas.

—Perdone, excelencia, pero llevamos a tres miembros de la Investigación Estratégica.

—Tres hombres que no están bajo mis órdenes.

—Disculpe, pero son tres hombres que el Gobierno de este país coloca a su lado para salvaguardarlo.

Bakki-Lu quedó pensativo.

—¿Cuáles son sus dudas, excelencia? —inquirió Gaston.

—No me merece crédito esa reunión.
—Perdone, señor, pero eso es absurdo. ¿Quiere o no quiere volver a su país?
—Sí, desde luego, deseo volver.
—¿Entonces?
—Soy muy escéptico con respecto a las intenciones de la Junta Militar que gobierna mi país. Me es difícil admitir que estén dispuestos a cederme las riendas del poder sin lucha.
—Eso dependerá de lo que usted esté dispuesto a ofrecer.
—A ellos, muy poco. Al pueblo, todo.
—Excelencia, debe ser menos tajante.
—Tengo unos ideales, un plan político, por el que he luchado durante veinte años de mi vida, Gaston. No puedo renunciar a él ahora.
—Nadie le pide que renuncie, sino que sea comprensivo…
—Usted me recuerda a mis carceleros.
—¡Excelencia! —exclamó Gaston con voz condolida.
—Perdone, Gaston, pero no trato de herirle… Sepa que he pasado diez años en una celda… No se puede imaginar la de veces que me ofrecieron la libertad a cambio de que me mostrase comprensivo.
—Pero le he oído decir a usted que no se pueden establecer reglas generales para todos los casos.
—Sí, eso es cierto. Gaston Deneuve sonrió.
—Entonces, excelencia, éste es un buen momento para que usted haga una excepción. Bakki-Lu hizo una pausa.
—Quizá tenga usted razón.
—Estoy seguro de ello, excelencia. Esta reunión será muy provechosa para usted.
—Ha de serlo para el país, Gaston.
—Oh, sí…
—¿Ha venido Marc Lapierre?
—Hasta ahora no.
Bakki-Lu consultó su reloj.
—Es extraño, Marc dijo que vendría aquí antes de las nueve. ¿Quiere cerciorarse, Gaston?
Al quedar solo, Bakki-Lu se pasó la mano por los ojos.
Estaba cansado, pero eso era lo que menos importaba ahora.

Su imaginación tenía que estar muy despierta, y su inteligencia debía de ser más aguda que nunca.

¿Cuáles serían las condiciones de la Junta Militar para darle acceso al poder? Las imaginaba.

Serían duras, muy duras. Estaba seguro de ello. Pero ¿hasta qué límite podría ceder? No traicionaría a su pueblo. No. Eso nunca.

El regreso de Gaston interrumpió sus pensamientos.

—Marc Lapierre no ha llegado todavía, excelencia.

—Muy bien, Gaston, ¿quiere prepararme los documentos que tengo en la mesa de mi despacho?

—Sí, señor.

Cuando Bakki-Lu se encontró a solas sacó un papel del bolsillo de la chaqueta. Era el número telefónico que Marc Lapierre le había dado.

Debía hacer la llamada.

Descolgó el teléfono de la mesilla de noche y disco el número. A la otra parte tardaron unos segundos en contestar.

—Alió…

—Oiga, quiero hablar con Marc Lapierre.

—Eso es un poco difícil… A menos que vaya a la Morgue.

—¿Cómo?

—Marc Lapierre ha muerto… Lo cosieron a tiros en la cabina de un café… Bakki-Lu había quedado sin habla.

Poco a poco llevó el auricular a la horquilla.

Estaba anonadado.

Marc Lapierre debía darle información acerca de la entrevista que iba a celebrar con Sheddy, pero ¿la muerte de Marc no indicaba a las claras que debía cancelar la conferencia?

Sin embargo, no debía precipitarse.

A Marc lo podían haber matado por cualquier otro motivo.

Marc era un hombre que se había relacionado toda su vida con los elementos de los bajos fondos.

CAPÍTULO IV

Jacques Jordan entró en el hotel Republic y fue derecho al ascensor.

—Habitación 132 —dijo al encargado.

El empleado era un joven de unos veintitrés o veinticuatro años, de cabello rojizo. El ascensor inició la subida.

El empleado cruzo los brazos y se puso a silbar por lo bajo. Finalmente, la jaula se detuvo y el encargado abrió las puertas.

Jacques echó a andar por el corredor, pero se detuvo al ver el número de la puerta más cercana.

Era el 318.

Quizá el empleado se había equivocado.

Lógicamente, el 132 debía de quedar una planta o dos más abajo. Entonces, oyó una voz a su espalda.

—¿Qué es lo que busca?

Se volvió para observar a los dos hombres que estaban en la esquina. Los dos eran fuertes y con cara de luchadores de *cacht.*

Uno exhibía una marca en la mejilla derecha.

No le gustó ninguno de los dos tipos.

—Tenía una cita.

—¿Con quién?

Jacques esbozó una sonrisa mientras se pasaba el dedo por debajo de la nariz.

—No me hagan sonrojar, muchachos. Se trata de una dama que quiere cuidar de su honor.

—¿Cuál era la habitación?

—La 322.

—Está bien. Siga.

Jacques les hizo un saludo coa la mano y se fue corredor adelante.

Ya sabía que el empleado del ascensor no se había equivocado al llevarlo a aquella planta.

Había sido intencionado.

Oyó otra vez la voz a su espalda.

—Eh, no se pase. Ya llegó a la 322. Efectivamente, se había pasado dos metros. Jacques sonrió a los dos tipos.

Puso la mano en el tirador del 322 y abrió colándose dentro. Una mujer dio un grito.

Jacques se quedó asombrado al ver a la chica.

Era una joven de unos veinticinco o veintiséis años. Estaba en bikini, haciendo gimnasia.

—Eh, ¿qué hace usted aquí? ¿Por qué ha entrado?

—Pertenezco a la Comisión de Relaciones Públicas del hotel.

—¿Relaciones Públicas?

—Me dijeron que usted había llamado. Necesitaba compañía para cenar esta noche.

—Debe haber una confusión.

—No me diga.

—Yo no necesito compañía.

—Pues yo la veo sola.

—Claro que estoy sola.

—Entonces, necesita compañía.

—Eh, oiga… Nunca entablé un diálogo tan sin sentido como éste. ¿Cuál es su nombre?

—¿Para qué lo quiere saber?

—Para llamar a la dirección y preguntar si usted es un empleado de este hotel.

—¿No se fía?

—Claro que no me fío.

—¿Por qué?

—¿Lo quiere saber de verdad?

—Sí, dígalo.

—Tiene usted cara de granuja.

Jacques sonrió mientras sacudía la cabeza.

—No es culpa mía, señorita. Fueron mis padres…

—Creo que ya sé lo que es usted.

—¿Sí?

—Es un ladrón.

—¿Cómo me ha descubierto tan pronto?

—No se haga el ingenuo… Está claro que es un ladrón… Jacques dio un suspiro.

—Está bien, tendré que marcharme.

—Hágalo cuanto antes o lo entrego a la policía…

—Hasta la vista, señorita.

Jacques abrió la puerta y asomó la cabeza al corredor. Los dos fulanos estaban allí.

Volvió a entrar y cerró la puerta, en la que apoyó la espalda. La joven lo estaba mirando.

—Eh, ¿qué hace? ¿Por qué no se marcha?

—Estaba pensando.

—¿En qué?

—En mis hijos. Hoy no tendrán nada que llevarse a la boca. Imagínese, y son seis.

—No le creo una palabra.

—Oh, ya sé, usted no se fía.

—Usted no tiene cara de tener seis hijos.

—¿Cuántos debo tener según usted?…

—Oiga, no lo sé, ni me importa… ¿Por qué no se larga ya?

—Está bien. Le haré una confesión. Estoy atrapado…

—La policía le sigue, ¿eh?

—Así es.

—¿Y por qué no se entrega?

—Usted no sabe lo que es la cárcel, señorita. Si lo supiese, no me daría ese consejo.

—He oído decir que ustedes tienen gajes en el oficio. Si es ladrón lo hizo tan mal esta vez que la policía lo persigue, debe saber perder.

—Eh, oiga, ¿a qué se dedica usted?

—Soy profesora de psicología.

—No me diga.

—Sí, señor ladrón. He enseñado a tipos como usted. Y por si le sirve de algo, conozco sus trucos. De modo que no eche mano a ése tan sabido recurso de sus hijos y de que no tendrán nada que comer…

—Perdone, no pude imaginar que me encontraría con una chica tan inteligente —al mismo tiempo que decía eso, Jacques la miró de

la cabeza a los pies.

Ella se acercó al diván y tomó una bata.

—Eh, ¿qué va a hacer, señorita?

—Cubrirme.

—Pero ¿por qué, si está así tan atractiva?

—No me importa su opinión. Tengo frío. Y no me diga que tiene usted medios para hacerme entrar en calor.

—Es verdad que los tengo. Pero si usted lo dice, me callaré. La joven se anudó el cinturón.

Jacques también la encontró de su gusto porque la bata sólo había hecho que ceñirse a su cuerpo como una segunda piel.

—Todavía no sé cuál es su nombre —dijo ella.

—Jacques Jordan… Ahora dígame el suyo.

—Claudine Brasseur.

—Encantado, Claudine.

—Eh, ¿cree que esto es un acto social?…

—Sólo pienso que debemos ser educados hasta en las peores circunstancias.

—No me va a conquistar con su corrección, señor Jordan. En aquel momento llamaron fuertemente a la puerta. Jacques se apartó arrimándose a la pared.

—Son ellos —dijo.

—Ya se lo dije. Debió entregarse.

—Lucharé por mi vida —dijo Jacques.

—No sea estúpido. No tiene escapatoria.

La puerta se abrió de golpe y los dos hombres que Jacques ya conocía entraron en la estancia.

El que había llevado la voz cantante en el corredor señaló a Jacques con el dedo.

—Usted nos engañó, pájaro.

—¿De veras?

—El del ascensor dijo que usted iba a la habitación 132 y no a la 322.

—Cualquiera se puede equivocar.

—Esas equivocaciones se pagan caras, ¿no lo sabe?

—¿Y cómo me lo van a hacer pagar a mí?

—Mi amigo y yo le vamos a romper unos cuantos huesos. Pocos. Digamos tres costillas.

—Demasiado para mí… Lo siento, pero no puedo acceder. Justamente me encontraron en compañía de esta joven y pensaba llevarla por ahí de juerga.

—No se preocupe, pájaro. Ella encontrará otro Romeo. La joven dio una patada en el suelo.

—Eh, ¿me quiere decir qué significa esto?

—Señorita —dijo el de la cicatriz—. Váyase al cuarto de baño y tome una ducha.

—No tengo ganas de tomar una ducha.

Jacques sonrió acercándose a los dos hombres.

—Ya lo ven ustedes. La chica no necesita una limpieza. ¿Quieren hacer el favor de salir?

—Ahora mismo —dijo su interlocutor y le tiró el puño a la cara.

Jacques saltó a un lado y le replicó con un terrible zurdazo al estómago.

El tipo retrocedió dando traspiés y se derrumbó sobre los cuartos traseros.

Su compañero se lanzó sobre Jacques con la violencia de una res enloquecida.

Jacques burló nuevamente los golpes que le dirigían y colocó su derecha en la cara del fulano.

Claudine se puso a dar chillidos.

—Eh, párense… ¿Qué es eso? ¡No pueden pelear aquí como si fuese un *ring*!

El de la cicatriz ya estaba en pie y sacó una cachiporra del bolsillo. Corrió hacia Jacques a una velocidad de 120 kilómetros por hora.

Jacques se agachó en el momento justo y la cachiporra golpeó en la pared produciendo un desconchado.

Jacques pegó un rodillazo al sujeto y luego le incrustó los nudillos entre los dos ojos. El de la cicatriz cayó en un sillón y, desde allí, voló dando una tremenda voltereta.

El otro fulano atrapó una silla y fue hacia Jacques para romperle el cráneo. Jacques tuvo que darse mucha prisa para cambiar de lugar.

La silla se convirtió en astillas al chocar contra el suelo.

Jacques soltó una patada en la ingle del fulano y, cuando éste se agachaba, le pegó un golpe de hacha en el cuello.

El fulano estrelló la cara contra el piso y quedó exánime.

El de la cicatriz volvió a la carga con la misma buena voluntad que antes. Jacques salió a su encuentro lanzándose de cabeza.

El testarazo fue tremendo.

Jacques creyó que había golpeado contra un muro de cemento.

Quedó casi inconsciente y pensó que estaba indefenso ante los dos gorilas. Entonces oyó la voz de Claudine.

—¡Los ha dejado fuera de combate!

Alzó los ojos y vio a la joven delante de él. Se levantó renqueando.

—Eh, ¿qué va a hacer, señor Jordan?

—Recibir el premio —contestó Jacques y, enlazándola por la cintura, la besó en la boca. Luego se apartó de la joven dirigiéndose a la puerta.

Claudine dio un chillido.

—No grite. Ya me voy.

—¡No me puede dejar aquí, con estos fulanos!

—Si se da prisa en vestirse, podrá escapar antes de que ellos vuelvan del limbo… La espero dentro de media hora en el bar de enfrente de la calle…

—Pero ¿qué se ha creído usted? —dijo ella asombrada.

—No lo olvide. Dentro de media hora, en el bar de enfrente.

CAPÍTULO V

Jacques apretó el timbre de la *suite* 132.

Esperó unos segundos y al fin le abrió un hombre con el pelo cortado a cepillo.

—Hola —dijo Jacques.

—Buenas noches, ¿qué quiere?

—Ver al huésped de esta habitación.

—¿Por qué quiere verle?

—El y yo necesitamos hablar acerca de un asunto…

—¿Cuál es su nombre?

—Jacques Jordan.

—Lo siento, señor Jordan, pero vino a un lugar equivocado.

—¿Cómo sabe que vine a un lugar equivocado?

Gaston Deneuve, el secretario de Bakki-Lu, parpadeó. Siempre lo hacía cuando no tenía respuesta para una pregunta lógica.

—¿Por quién pregunta usted, señor Jordan?

—Ya se lo he dicho. Por el huésped de la habitación.

—Soy yo.

—No, usted no es.

—¿Cómo lo sabe?

—Usted no debería asombrarse tanto de que hubiese venido aquí.

—No le comprendo.

En aquel momento Jacques oyó una voz en el interior de la *suite.*

—¿Qué pasa, Gaston?

Gaston se volvió y Jacques aprovechó el momento para pasar al interior.

—Eh, usted… —gritó Gaston—. No puede entrar… Jacques ya había entrado.

En el centro de la estancia vio a un negro que vestía a la europea.

—¿Quién es, Gaston? —preguntó Bakki-Lu.

—Dice llamarse Jacques Jordan… Nunca lo vi, ni tampoco oí su nombre.

—Señor Jordan —dijo el africano—. ¿Puede explicar su presencia aquí?

—Desde luego. Vengo en nombre de mi amigo, Marc Lapierre. Bakki-Lu arqueó las cejas.

—¿Lo manda él?

—Perdone, pero quisiera hablar con usted a solas.

—El hombre que ve aquí es mi secretario. Gaston Deneuve.

Jacques observó a Gaston Deneuve. No le gustó el tipo y eso era muy importante en su vida. Cuando un hombre le resultaba antipático, más tarde encontraba motivos que justificaban tal aprensión.

—¿Cómo debo llamarle, señor? —preguntó Jacques al africano.

—Bakki-Lu.

—Tengo malas noticias para usted, señor Bakki-Lu. Mi amigo Marc fue asesinado.

—¿Sólo vino para decirme eso?

—Eso quiere decir que va lo sabía.

—Sí.

—¿Sabe también que él trató de buscarme antes de ser muerto?

—No, lo ignoraba.

—Dejó un mensaje para mí. Se lo dio a una mujer a la que estrangularon después de someterla a tormento. Por fortuna, la chica tuvo la idea de grabar el recado en una cinta magnetofónica.

—¿Qué decía el mensaje, señor Jordan?

Jacques miró de nuevo a Gaston Deneuve, que estaba muy estirado, escuchando atentamente.

—Señor Bakki-Lu, ¿está seguro de que quiere que lo diga delante de su secretario?

—Desde luego.

—Allá usted —Jacques hizo una pausa y agregó—: Juliette, la muchacha asesinada, dejó grabada la dirección de este hotel, pero no me dijo el nombre del huésped.

—¿Sólo eso?

—No. Agregó unas palabras al final.

—Dígalas.

—No debe ir a la reunión. Se hizo otro silencio.

—¡No haga caso de este hombre, excelencia! —gritó el secretario.

—¿Por qué no, Gaston?

—¡Es un falsario!… ¡Un impostor!… Jacques se volvió hacia Gaston.

—Le voy a destrozar la dentadura, rubio.

Deneuve retrocedió asustado al ver que Jacques echaba a andar hacia él.

—Señor Jordan, le ruego se detenga… —intervino Bakki-Lu. Jacques se quedó quieto y miró al africano.

—Oiga, no sé qué se cuece aquí. Me he limitado a repetirle el mensaje. No crea que me fue fácil llegar… Me llevaron intencionadamente dos pisos más arriba y allí me estaban esperando dos matones. Tuve que deshacerme de ellos para cumplir la misión que me encargó mi amigo Marc… Ahora ya terminé… Hasta la vista.

—Espere un momento, señor Jordan —dijo Bakki-Lu.

—¿Qué quiere?

—¿No había ninguna otra palabra en el mensaje?

—No, ya se lo dije.

—Es una pena que Marc no dijese por qué no debo de ir a la conferencia.

—Oiga, ya le he dicho que no sé de qué se trata… En aquel momento se abrió la puerta de golpe. Entró un hombre de paisano seguido de un agente.

—Perdone esta interrupción, excelencia —dijo el hombre de paisano—. Soy el inspector Henri Langlois, de la Policía Judicial.

—¿Qué pasa, inspector Langlois? —inquirió Bakki-Lu.

—¿Es amigo suyo este hombre? —señaló a Jacques Jordan.

—Lo acabo de conocer.

—Lo celebro por usted, excelencia… Es un delincuente… Un hombre al que perseguimos desde hace mucho tiempo. Este agente lo vio entrar casualmente en el hotel y me avisó.

Jacques Jordan había entornado los ojos.

—Eh, inspector Langlois, ¿me quiere hacer un favor?

—Ya hablaré con usted en la comisaría.

—De ninguna manera, vamos a hablar aquí… quiero ver su credencial.

—¿Por qué?

—Para saber si es el inspector que asegura ser.

Langlois frisaba en los cincuenta años de edad, era de talla media y tenía un grueso bigote en el labio superior.

Sacó su cartera para enseñársela a Jacques.

Una vez que éste hubo mirado su credencial dijo:

—¿Puedo guardarla ya, señor Jordan?

—Sí, pero no entiendo por qué me detiene.

—Es usted un cínico, señor Jordan. Hace dos años fue miembro de la banda de Pierre *el Loco.*

—No me diga.

—Se le acusa de tráfico de drogas y de trata de blancas. Pero ya le expondré las acusaciones concretas en mi oficina…

—Inspector, usted comete una equivocación o está haciendo algo peor. Langlois dirigió una mirada al agente y éste sacó una pistola.

—Levante las manos, señor Jordan —ordenó el inspector Langlois. Jacques levantó las manos.

Entonces el agente fue por detrás de él y le sacó de la axila una pistola negra.

—Vaya —sonrió Langlois—. Sigue usted con las mismas costumbres, Jordan… Le aseguro que tendrá que responder por cargos muy concretos. Dos asesinatos…

—Ya no me llega la camisa al cuerpo, inspector. Pero ¿cuándo va a terminar con su comedia?

—¡Basta! —gritó Langlois. Sacó unas esposas.

—¿También me va a esposar, inspector?

—Es usted un individuo peligroso. Se escapó tres veces, pero esta vez no tendrá oportunidad para deleitarnos con su ingenio.

El inspector Langlois esposó a Jacques. Jordan volvió la cabeza a Bakki-Lu.

—Oiga, Bakki-Lu, no sé qué significa todo esto, pero me temo que tiene que ver con usted.

Langlois tomó a Jacques Jordan por el brazo.

—Vamos, eche a andar.

El agente tiró también de Jacques y, entre los dos, lo sacaron de la habitación. Gaston Deneuve cerró la puerta.

Se volvió hacia Bakki-Lu.

—Bueno, este asunto quedó zanjado.

—No, Gaston.

—¿Qué quiere decir, excelencia?

—No puedo olvidar que ese hombre nos trajo un mensaje…

—Pero ¿usted cree en sus palabras, excelencia? Permítame que diga lo que yo pienso. Se trata de una trampa… Este hombre, Jacques Jordan, fue pagado por alguien para que usted no fuese a la conferencia. Usted sabe perfectamente que hay personas que no están conformes con su política, que prefieren ver a la Junta Militar en su país. Ahora, los de la Junta quieren llegar a un acuerdo con usted, y los enemigos de su excelencia no pueden consentirlo. Por ello, han intentado sabotear su reunión con Sheddy… Para mí no existe ninguna duda. Jacques Jordan es un indeseable. Usted acaba de ver lo que ha ocurrido aquí. Un inspector de la Policía Judicial lo acaba de detener. Lo han acusado ante nosotros de tráfico de drogas, de trata de blancas y de haber cometido dos asesinatos. Ésa es la clase de hombre que le ha aconsejado a usted que no acuda a la conferencia…

—Sin embargo, el hombre parecía sincero.

—Excelencia, ¿cómo puede decir eso? ¿Qué necesita para convencerse de la maldad de una persona?

—Quisiera estar tan seguro como usted.

—Yo lo estoy y usted también lo debe estar. Desde un principio supimos que esta misión sería muy difícil. ¿Va a echar usted por tierra sus esperanzas no acudiendo a la conferencia?

Bakki-Lu cerró los ojos y se apretó las sienes con la mano.

—No sé lo que debo hacer…

—Si usted piensa realmente en los intereses de su pueblo, ha de asistir a la reunión con Sheddy.

Bakki-Lu dejó colgar el brazo y se mojó los labios con la lengua. Por fin hizo un gesto afirmativo.

—Sí, Gaston, creo que tiene razón. Hemos esperado mucho tiempo y ya llegó la hora… Iré a la conferencia.

CAPÍTULO VI

Jacques Jordan viajaba en un auto negro.

A su izquierda tenía a Langlois y a su derecha al agente de uniforme. Conducía el vehículo un tipo de cuello grueso.

—Inspector —dijo Jacques—, ahora ya no está Bakki-Lu aquí para escucharnos.

¿Quiere soltar prenda? Langlois se mantuvo callado.

—¿Es que no me oye, inspector? —repitió Jacques—. Quiero saber por qué se me detiene realmente.

—Ya lo dije. Porque es usted un hombre peligroso.

—¿Peligroso para quién?

—Para el orden.

—¿A qué orden se refiere?

—¿Quiere cerrar la boca?

—Muy bien, la cerraré. Pero antes quiero hacerle una advertencia. Esto le va a costar caro.

Langlois se echó a reír.

—Es usted atrevido, Jordan. Pero no hable más.

—Como quiera.

Tras veinte minutos de carrera, el auto se detuvo en una callejuela. A la izquierda habían chalets con un pequeño jardín.

—Eh, ¿qué es esto? —dijo Jacques—. No es la comisaría.

—Calle y salga.

Langlois había abierto la portezuela de su lado. El agente exhibía de nuevo la pistola.

—No intente nada, Jordan.

Jacques descendió del auto soltando maldiciones para sus adentros. Estaba esposado, en manos de aquellos dos sujetos.

Había pensado desde un principio que se trataba de una trampa.

Ellos no eran los tipos que decían ser.

Durante varios minutos había pensado que era un error, pero ahora estaba seguro de que Langlois y el agente no se habían equivocado. Sabían perfectamente lo que querían.

—Por última vez, inspector —dijo—. Quíteme las esposas y déjeme marchar. El agente le clavó la pistola en la espina dorsal.

—Vaya hacia esa casa…

Tuvo que obedecer. Mientras tanto, el auto se puso en marcha y desapareció calle abajo.

Langlois abrió la puerta con una llave y dio la luz.

Fueron a una habitación donde había un diván y varios sillones envueltos en fundas.

—Siéntese, Jordan —ordenó Langlois.

Entonces, el agente puso la pistola sobre una mesa y empezó a quitarse su uniforme. Langlois se desprendió el bigote del labio superior.

—Ya imaginaba que eran dos farsantes —dijo Jacques.

—Usted es muy listo —sonrió Langlois.

—Eso de hacerse pasar por policías está muy castigado.

—No me diga.

—Pero estoy dispuesto a hacer un trato con ustedes. —¿Sí?

—Saldré de aquí y lo olvidaré todo.

—Muy gracioso.

Langlois descolgó un teléfono y marcó un número. Cuando le dieron la comunicación dijo:

—Apolo llamando a Hércules… Sí, la dificultad quedó salvada… Está aquí, con nosotros… El plan Paloma Roja sigue su curso… ¿Qué hacemos con el pichón?… De acuerdo. Será misión cumplida…

A continuación, Langlois colgó.

Sacó un cigarro del bolsillo superior de la chaqueta. Jacques trataba de no perder los nervios.

Se encontraba en una grave situación.

Langlois despuntó el habano con los dientes y escupió el trozo de tabaco.

—¿Qué es lo que hizo en la vida, Jordan?

—Unas veces fui bueno y otras veces fui malo… Como casi todos.

—Esta vez fue muy malo.

—¿Por qué asesinaron a Marc Lapierre?

—Metió la nariz donde no debía… Lo mismo que usted.

—Está bien, pero un hombre puede olvidar. Tengo facilidad para eso.

—No hay nada que hacer.

—¿Qué quiere decir?

—Que tenemos que liquidarlo…

—¿Fue lo que dijo Hércules?…

—Sí, fue lo que me dijo Hércules.

—No puede estar hablando en serio… Oiga, no sé de qué asunto se están ocupando ustedes. No tengo ni la menor idea.

—Da lo mismo.

—Le repito que no entiendo una palabra… ¿Por qué me han de matar?

Langlois encendió el cigarro con la llama de un fósforo. Lo hizo muy lentamente. Finalmente, arrojó una bocanada de humo y sonrió satisfecho al ver que el cigarro tiraba bien.

—Te voy a decir un par de cosas, Jordan. Sólo un par de cosas.

—Quizá sea bastante.

—Te has metido en un asunto de envergadura.

—Pero yo lo desconozco.

—Ya viste demasiado… Serías un obstáculo.

—No diga eso, hombre. Me estaré quietecito.

—No sirve.

—Oiga, me marcharé con mi tío…

—No dejaremos que te marches ni con tu abuela.

—Mi tío vive en Italia, en Turín. Trabaja en una fábrica de automóviles. Me ha dicho un montón de veces que vaya allí a trabajar con él. Esta misma noche saldré para Turín.

—Qué pena que no aceptases antes el consejo de tu tío.

—Todavía es tiempo para hacerme un hombre.

—No, hijo. Ya perdiste tu oportunidad… Langlois miró al falso agente.

—Es cuestión tuya, Daniel.

—Sí.

—Voy a hacer un poco de café. Los dos lo necesitaremos. Cuidado con fallar.

—¿Cómo quiere que falle? El tiene las esposas… Nunca hice nada tan fácil. Jacques protestó.

—Eh, oigan, se me ocurre otra idea mucho mejor.

—Cállatela, hijo —repuso Langlois.

—¿Por qué no me dejan entrar en la pandilla? ¿Se da cuenta? Lo trabajaré para ustedes. No necesita liquidarme.

—La respuesta es no.

—Usted no puede decidir, Langlois.

—¿Quién te dice que no?

—Sólo es un empleado de Hércules. Llámelo.

—Se me olvidó el número.

—Marcó el número hace un momento. No se le ha olvidado. Consulte con Hércules. Dígale que estoy dispuesto a trabajar para él.

—Pierdes el tiempo.

—Oiga, usted no sabe muchas cosas de mí, o quizá ninguna. Soy un tipo hábil para el negocio en que ustedes están metidos.

—Hemos quedado en que no conoces ese negocio.

—Pero sé que se trata de algo comprometido, y eso ya es bastante. Manejo el cuchillo y la pistola como el mejor…

—Sí, y también manejas los puños. Lo sabemos. Hiciste un buen trabajo con dos de nuestros muchachos en el apartamento de la chica mona, en el hotel Republic. ¿Qué dices a eso?

—Tuve que defenderme. Aquellos dos gorilas querían romperme algunas costillas. Me lo dijeron. Póngase usted en mi lugar y también se habría defendido… Le repito que soy un tipo bueno para ustedes. Pueden ponerme a prueba.

Langlois exhaló el humo del cigarrillo, y se dirigió hacia la puerta.

—Voy a hacer café. Cuando vuelva, quiero que todo haya terminado, Daniel. Jacques gritó:

—¡Eh, Langlois! ¡No se marche!

El falso inspector de la Policía Judicial volvió la cabeza. Sonrió.

—Ya hiciste tu defensa. La sentencia no te fue conmutada. Hasta la vista. Dicho esto, salió de la habitación.

Jacques hizo rechinar los dientes.

Se levantó de un salto pero el falso Daniel se puso delante de él apuntándole con la pistola.

—Siéntate.
—Quiero hablar con él.
—¿Es que no lo oíste? Va a hacer café… Y lo tuvo no tiene arreglo.

CAPÍTULO VII

—Eh, muchacho, no estás hablando en serio —dijo Jacques Jordan. Daniel se retiró un paso.

Había arqueado el dedo en el gatillo.

—Lo siento, chico, pero yo obedezco órdenes.

—Espera un momento…

—¿Qué es lo que quieres?

—Déjame fumar un cigarrillo…

—Ya fumaste demasiado en la vida.

—Es la última cosa que pido. Daniel titubeó y al fin dijo:

—No te dejaré fumar el cigarrillo completo. Sólo unas chupadas.

—De acuerdo.

Jacques levantó las manos esposadas.

—Tengo el paquete en el bolsillo interior de la chaqueta, a la izquierda.

—Baja las manos… ¿Es que no me has oído…? ¡Bájalas…!

—¿Hasta dónde tengo que bajarlas?

—Hasta la ingle. ¿Crees que soy idiota? Si las tuvieses levantadas me pegarías un golpe de conejo.

—Muy bien, hasta la ingle —asintió Jacques y bajó los brazos. Daniel se acercó. Lo hizo con precaución.

Se detuvo a un paso de Jacques y alargó la mano libre.

—Que no muerdo —dijo Jacques.

—¡Cállate!

—Tú mandas.

Daniel rozó con sus dedos el costado de Jacques.

Jacques se decía que aquél era el momento más difícil que había atravesado en toda su vida. Estaba esposado, sin poder defenderse, y frente a él había un hombre, su verdugo, que con una sola presión

del dedo pondría en camino la bala que lo mataría.

Pero no podía morir sin defenderse.

Aunque sólo fuese una oportunidad entre mil, tendría que aprovecharla. Esperó a que la mano de Daniel llegase hasta el bolsillo interior. Entonces, disparó la pierna derecha.

Creyó que no daría resultado.

Pero vio cómo la pistola de Daniel volaba por el aire. Luego se dejó llevar por su propio impulso.

Golpeó con la cabeza en el estómago de Daniel.

Los dos rodaron por el suelo. Daniel lanzó un chillido.

—¡Langlois…! ¡A mí…!

Jacques le pegó con el codo en la boca y sintió como cedían algunos dientes. Daniel soltó un sonido gutural.

Jacques oyó pasos.

Langlois venía desde la cocina corriendo.

Y seguro que lo haría con una pistola en la mano.

Miró hacia la derecha, en donde había quedado el arma de Daniel. Corrió hacia ella.

Langlois estaba llegando a la puerta.

Jacques atrapó la pistola y se revolvió cuando el falso inspector aparecía en el hueco. No se equivocó. Tenía una pistola en la mano.

Jacques apretó el gatillo.

Se oyó un estampido y Langlois recibió el impacto de la bala en el pecho. Desapareció, golpeando con sus espaldas en la pared del corredor. Entonces, Daniel cayó sobre él y estrelló su puño en la cara de Jordan. Éste trató de levantar el arma para disparar otra vez.

Pero Daniel tenía una ventaja porque no estaba esposado.

Le golpeó en la mano con la que empuñaba la pistola y ésta cayó en el suelo. Los dos rodaron hacia la pared.

Daniel lanzó una carcajada.

—Ya te tengo, puerco.

Jacques levantó la cabeza y logró asestarle un golpe en el maxilar inferior. Daniel se apartó de él lanzando un aullido de dolor.

Los dos a un tiempo se abalanzaron sobre la pistola. Pero el que llegó antes fue Daniel.

Jacques se dejó caer con todo su peso sobre su rival. Se produjo

otro disparo.

Jacques rodó una vez más por el suelo.

Oyó un gemido de Daniel. Se incorporó quedando de rodillas porque no hacía falta que hiciese más.

Daniel había recibido el proyectil en el pómulo derecho. Su boca estaba temblando.

De pronto, exhaló el aire y murió. Jacques fue al corredor.

Langlois también estaba muerto.

Le quitó la llave de las esposas pero tuvo que hacer un trabajo difícil antes de quedar libre.

Se valió de una librería donde incrustó la llave entre dos gruesos tomos, y luego, con habilidad hizo el resto.

Se estaba frotando las muñecas cuando sonó el timbre del teléfono. Jacques no vaciló en atrapar el auricular.

—¿Sí?

—Hércules, llamando a Apolo…

—Apolo escucha.

—¿Qué novedad hay?

—Todo salió bien… —contestó Jacques.

—Se equivocó, compañero. ¿Quién es usted?

—Apolo.

—Usted no es Apolo. Debió dar la clave después de mi primera frase.

—Si me dice la clave, se la doy…

—¿Qué ha pasado ahí?

—Se lo diré, Hércules. Langlois y Daniel se fueron al otro mundo.

—Eso es absurdo…

—Venga aquí y usted mismo podrá echar un vistazo a sus muchachos, pero tendrán que utilizar un par de ataúdes para que no se enfríen demasiado.

—Señor Jordan, ¿es usted?

—Sí. Jacques Jordan.

—¿Cómo ha podido acabar con ellos?

—Con mucha suerte.

—¿Qué va a hacer ahora?

—Todavía no lo tengo pensado.

—Apártese de esto.

—¿Qué van a hacer con Bakki-Lu?

—No es cuenta suya.

—Oiga, Hércules. Todo esto me huele mal. Están haciendo algo muy feo. Sería mejor que renunciasen.

—Oiga, Jordan. Usted me dio un consejo, y yo le voy a dar otro.

—Suéltelo.

—Lárguese de ahí, lárguese de Francia, lárguese de Europa…

—Eh, oiga, ¿no va a dejar un rincón en el mundo?

—Quizá haya uno para usted, pero yo no lo conozco.

—¿Qué le parece Tahití?

—Demasiado cerca.

—Entonces, le voy a dar la sorpresa. Me voy a quedar en París.

—No lo haga, señor Jordan. Aproveche bien su tiempo. Métase debajo de la tierra. El llamado Hércules colgó.

Jacques sonrió. Durante los últimos diez años de su vida se las había tenido que ver con bastardos, con hijos de perra capaces de vender a un hermano a cambio de un puñado de dinero, y estaba dispuesto a apostar su propia vida a que Hércules y compañía eran de esa clase de gente. Pero nada hacía allí.

Recuperó su pistola del bolsillo del falso agente.

Estaba seguro de que Hércules mandaría más personal para hacerse cargo de su pellejo y él no tenía otro de recambio.

Tenía que acudir por sus propios medios al hotel Republic, a la habitación 132, donde se alojaba aquel africano para quien el difunto Marc Lapierre le había dado un mensaje.

CAPÍTULO VIII

—Excelencia, el auto acaba de llegar —dijo Gaston.

—Despílado —dijo el africano.

—¿Cómo?

—Ya lo ha oído, Gaston. No necesito ese auto.

—Pero, excelencia, ¿es que no va a ir a esa reunión?

—Lo haré, pero utilizaré mis propios medios.

—No lo entiendo.

—Lo entenderá en seguida, Gaston… Usted ha dicho que me reuniré con Sheddy, el representante de la Junta Militar, en el hotel de Christian Sardel.

—Sí, así es.

—Muy bien. Iremos allí, pero utilizaré mi auto.

—Pero, señor… Ya le he dicho que deben acompañarnos los tres miembros de la Investigación Estratégica.

—No necesito a esos caballeros.

—¿Y qué les digo ahora?

—Que he renunciado a asistir a la conferencia.

—¿Puedo insistir para hacerle cambiar de opinión?

—No, Gaston. Ya está decidido. Por favor, cumpla mis órdenes.

—Sí, excelencia.

Gaston Deneuve se marchó.

Bakki-Lu quedó un rato a solas, comprobando sus papeles. Al cabo de unos minutos, regresó Gaston.

—Ya se han marchado… Encontraron extraño que los hubiesen hecho venir para que usted cancelase el servicio.

—¿Está preparado mi auto?

—Sí, desde luego.

—Entonces, vamos. Pero quiero utilizar una puerta trasera.

—No se preocupe, excelencia.

Salieron por una puerta trasera que los condujo al garaje del hotel.

El auto que Bakki-Lu había alquilado para su estancia en París era un «Mercedes» de color negro.

El chófer era alto, rubio y respondía al nombre de Jean Buber.

Se quitó respetuosamente la gorra cuando se acercó Bakki-Lu en compañía de su secretario.

Éstos ocuparon el asiento posterior y Jean se sentó al volante.

Segundos después, el «Mercedes» partía con su ilustre viajero para asistir a la importante reunión.

* * *

Jacques Jordan pagó al taxista.

Vio un poco más arriba su «Florida». Al menos todavía estaba allí.

Observó la calle a un lado y a otro. No encontró a ninguna persona sospechosa. Entonces entró en el hotel Republic, encaminándose al registro.

—¿Ha salido el señor Bakki-Lu? —preguntó a uno de los empleados.

—Yo no lo he visto. Pero sí a su secretario. Salió hace unos instantes y regresó en seguida.

Jacques le dio las gracias. Fue al ascensor.

El empleado era el mismo joven que lo había subido a la planta equivocada la vez anterior.

—Hola, chico.

—¿A dónde va? —preguntó el otro con las cejas enarcadas.

—Tú lo sabes bien.

—¿Qué?

—He dicho que tú lo sabes bien. Vamos, aprisa.

La cara de Jacques estaba muy seria y sus palabras sonaron como latigazos. El joven se apresuró a cerrar la puerta y puso en marcha el ascensor.

Esta vez no hubo error.

Jacques tomó al muchacho por el brazo.

—Sal conmigo.

—Perdón, señor; pero estoy de servicio aquí.

—He dicho que salgas —repitió Jacques y apretó los dedos en el bíceps del joven. Éste no tuvo más remedio que obedecer.

Jacques empujó a su prisionero hacia la puerta número 132.

—Anda, abre.

—No puedo.

—¿Por qué no puedes?

—Está prohibido. Hay huéspedes dentro.

—No te preocupes por el reglamento. Aquí estoy yo para echarte una mano… Vamos, abre.

El joven abrió la puerta 132.

Jacques le soltó un empellón metiéndolo dentro.

—¿Hay alguien aquí? —preguntó Jacques. No obtuvo respuesta.

El joven sonrió.

—Bueno, parece que llegamos tarde. ¿Cuál es tu nombre?

—Roland.

—Muy bien, Roland. Quiero que hables en seguida.

—No le comprendo, señor.

—¿Quiénes son ellos?

—¿Ellos, señor? No sé a quiénes se refiere… Oh, sí, ya entiendo. Al huésped de esta *suite*. Se llama Bakki-Lu y es un africano.

Jacques se miró las uñas de la mano derecha y, de pronto, soltó una bofetada en la mejilla de Roland.

El ascensorista trastabilló pero no llegó a caer.

Jacques fue detrás de él.

—Te voy a poner la nariz en la nuca, Roland.

—Cuidado, no me pegue, señor… Puede buscarse un lío.

—Tú ya te lo buscaste, Roland.

El muchacho retrocedió, pero le quedaba muy poco espacio porque en seguida encontró la pared a sus espaldas.

—¿Qué quiere saber, señor?

—Ya hice la pregunta y, sólo te voy a dar una pequeña aclaración. Cuando me llevaste arriba, me estaban esperando dos fulanos.

—No los conozco. Quiero decir que sólo los vi una vez… Ni siquiera me dieron sus nombres… Uno de ellos, el más alto me dijo que no debería llevar a nadie a la habitación 132. Si alguien llegaba, lo debía subir una planta más arriba… Me pagaron veinte

francos… Yo no lo hubiese hecho… Pero aquel hombre me puso la mano en el cuello y dijo que si cometía un error, me iba a acordar de él toda mi vida… Usted me en tiende, ¿verdad?

—¿Qué otra cosa me puedes contar?

—Nada, señor. Ya se lo dije todo.

—Es muy poco.

—Lo siento, pero ya no le puedo dar más información.

—¿Cuándo salió de aquí Bakki-Lu?

—Lo ignoro, señor. Pero deben de haber pasado unos diez minutos, porque yo mismo subí en el ascensor hace muy poco a su secretario… Pero no lo vi a él, me refiero al negro…

Jacques registró la *suite*, pero no encontró a nadie. Roland lo esperaba junto a la puerta.

—¿Hay acceso al garaje por dentro del hotel?

—Sí, señor.

—Indícame el camino.

—Desde luego.

Poco después, Jacques se encontraba en el garaje.

Vio a un hombre embutido en un mono con el nombre del hotel sobre el pecho.

—Quizá usted haya visto al hombre que busco… Es un negro, un huésped del hotel.

—Oh, sí, salió hace unos cinco minutos.

—¿Quién iba con él?

El empleado dio la descripción de Gaston Deneuve y la del chófer que conducía el «Mercedes» negro.

—¿No sabe dónde fueron?

—No acostumbro a preguntar dónde van los huéspedes.

En aquel momento Jacques vio entrar al garaje a una mujer que conocía. Era Claudine Brasseur.

—¿Qué tal, profesora?

La joven se detuvo delante de él.

—Después de todo, es un hombre sin palabra… Me dijo que lo esperase en el bar de enfrente.

—Oh, perdón.

—Ya lo olvidó, ¿eh…? Debe de tener muchas citas con mujeres…

—Tuve una cuestión personal con un par de amigos…

—¿Otros dos como los que fueron a buscarlo en mi apartamento?

—No, mucho peor. Los otros usaban pistola.

—Señor Jordan, bajo cualquier ángulo que lo mire, usted es un hombre muy poco recomendable… Buenas noches.

Sin esperar más, la joven echó a andar hacia el interior del garaje. Jacques sonrió mirando cómo se alejaba.

Claudine Brasseur resultaba tan atractiva en bikini, como en bata ceñida o vestida. De repente, oyó pasos por delante.

Miró hacia allí.

Vio a dos hombres, los cuales al descubrirlo se detuvieron. Uno de ellos, lo señaló con la mano.

—Eh, usted, espere… Queremos hablarle.

El otro tipo comenzó a mover la mano hacia la axila. Jacques echó a correr.

Los autos estaban cerca y serpenteó entre ellos.

—¿Qué le pasa? —oyó gritar a sus espaldas—. Sólo queremos devolverle algo que perdió esta tarde…

Jacques sabía lo que le iban a devolver. Balas.

Se agachó y eso fue una decisión muy afortunada, porque en aquel momento sonó un estampido y la bala chocó contra una carrocería.

Jacques siguió corriendo y se detuvo en la parte trasera de un coche. Sacó su pistola.

Se asomó con el dedo en el gatillo.

Los dos hombres avanzaban por entre los coches. Ambos esgrimían pistola.

Jacques disparó.

Pero los dos individuos se estaban moviendo mucho y su proyectil tampoco dio en el blanco.

Buscó refugio.

No había eliminado a ninguno de sus enemigos y ahora cada uno iría por un lado para atraparlo entre dos fuegos.

Se movió rápidamente.

De pronto vio a Claudine que estaba de pie, junto a un coche. Echó a correr hacia ella.

Sonó otro estampido a su espalda y la bala silbó antes de incrustarse en la pared del fondo.

La joven dio un chillido.

Jacques llegó ante ella, se volvió y disparó dos veces. Claudine había abierto la portezuela del vehículo.

—¡Vamos! —le gritó Jacques—. Entre y ponga el auto en marcha. La joven se coló dentro, haciéndolo Jacques a continuación.

—¿Quiénes son? —preguntó Claudine mientras ponía el coche en marcha.

—Dos asesinos que conocen bien su profesión. ¿Qué está esperando? ¡Vamos, dése prisa!

El automóvil salió disparado.

—¡Eh, que nos estrellamos! —gritó Jacques, volcándose sobre ella y haciéndole girar el volante.

Los neumáticos chirriaron y la proa rozó una de las columnas. La joven estaba muy turbada.

Jacques miraba por la ventanilla hacia adelante porque temía que uno de los pistoleros apareciese ante el coche.

Estaba llegando a la puerta.

Jacques sonrió al ver tendido en el suelo al empleado que minutos antes le había informado.

Al fin, el coche salió a la calle.

Jacques dio un suspiro.

—Bueno, por fin nos libramos. La joven lo miró.

—Pero ¿qué clase de hombre es usted? Lo he visto dos veces y las dos estaba metido en un lío de los grandes.

—No me privo de nada —le sonrió él.

—Acerté en cuanto a su personalidad. Es usted un delincuente.

—No acertó entonces, ni tampoco acierta ahora.

—¿Qué es entonces?

—Digamos que soy un hombre que quiere vivir.

—Todos queremos vivir y eso no es ninguna profesión. Jacques sacó un cigarrillo de su paquete.

—¿Quiere fumar, Claudine? La ayudará a relajarse.

—No, gracias.

Jacques encendió con la llama de un fósforo y, después de dar un par de chupadas al cigarrillo, miró al espejo retrovisor.

Por ahora estaba dispuesto a jurar que no eran seguidos.

—¿Por qué quieren matarlo, señor Jordan?

—Porque me interesé en los asuntos de un negro.

—¿Cómo?

—Sí, lo ha oído bien. Por un negro. Se trata de un africano, el huésped de la *suite* 132 de su hotel. ¿Recuerda? Fue por lo que nos relacionamos. El se llama Bakki-Lu…

—¿Y qué ocurre con Bakki-Lu?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe?

—Me metí por azar en esto. Mataron a un amigo, a Marc Lapierre y él era el que me podía haber informado… Al parecer, Bakki-Lu debe acudir a una reunión esta noche, y tenía que estarse quietecito… Aquellos hombres que aparecieron en su habitación trataron de impedirme que diera el mensaje a Bakki-Lu. Pude hablar con el negro, pero no me creyó. Se presentaron dos falsos policías y me detuvieron, sacándome del hotel esposado. Pero logré escapar.

—¿Los mató?

—Sí, Claudine, los tuve que matar porque ellos me iban a matar a mí…

—¿Ha podido hablar de nuevo con Bakki-Lu?

—No, porque él ya se había marchado.

—¿A la conferencia?

—Creo que sí.

—¿Sabe dónde se va a celebrar?

—Si lo supiese, habrían terminado mis dudas.

—Entonces, sólo tiene un camino.

—Oh, sí, no lo diga. Debo llamar a la policía.

—Exacto.

—No puedo, Claudine.

—¿Por qué?

—Porque creerán que estoy loco… No puedo decirles pata convencerlos que maté a dos hombres en una casa… Tampoco puedo decirles que han intentado matarme en el garaje del hotel Republic…

—Yo seré su testigo.

—Usted sólo ha sido testigo de lo que pasó en el garaje y en su apartamento, pero los policías no tendrán una garantía de que yo estoy limpio de culpa. Creerán que es una lucha entre gente de los bajos fondos…

—Eso quiere decir que está usted fichado.

—Sí, estoy fichado.

—¿Por qué?

—A veces me’ he tenido que defender como hoy… Para su tranquilidad, debo decirle que nunca he sufrido una condena… Los policías siempre me han soltado pidiéndome disculpas. Pero mi nombre está en sus archivos… Y hay más de un inspector que está deseando hincarme el diente. No, Claudine… Puede estar segura de que los policías no me harían ningún caso.

—¿Dónde quiere que lo deje?

—¿Adónde va usted?

—A una exposición de pintura abstracta.

—Si no le importa, iré con usted.

—No sabía que le gustase la pintura abstracta.

—No me gusta en absoluto. Imagino que allí habrá un teléfono. He de llamar a unos amigos. Ellos se moverán para encontrar a Bakki-Lu.

CAPÍTULO IX

Bakki-Lu estaba muy serio.

A su lado, Gaston Deneuve fumaba un cigarrillo.

—Chófer —dijo de pronto el africano—, regrese al hotel. El chófer de cabello rubio había estirado el cuello.

Gaston Deneuve miró al africano.

—¿Qué es lo que va a hacer?

—Ya lo ha oído. Renuncio a la conferencia.

—¿Puede decirme la razón?

—Sí, Gaston. Ahora me doy cuenta de que iba a cometer una torpeza. No puedo entrar en tratos con los hombres que actualmente mandan en mi país. Ellos no se contentarán con lo que yo les puedo dar, la autorización para marchar al extranjero con sus familias. No, ellos querrán mucho más. Volveremos al hotel y usted irá a hablar con Sheddy. Le diré que no quiero ningún trato con él ni con sus patronos…

El chófer ya había dado la vuelta. Gaston miró por la ventanilla.

Se cruzaron con un auto negro. Bakki-Lu se relajó en el asiento.

—Creo que ahora me encuentro mucho mejor.

—¿Y qué me dice de su pueblo, excelencia?

—Para ellos también sonará la hora de la libertad… En unos meses, lograré estar en la capital de la república. Y entonces lo haré sin concesiones.

—Ojalá no se equivoque.

—No, Gaston, creo que estoy en lo cierto.

—Como quiera.

Al cabo de unos minutos, Gaston dijo:

—Eh, chófer, deténgase en ese café. Bakki-Lu se irguió ligeramente.

—¿Por qué, Gaston?

—He pensado que no hace falta que vaya al hotel de Christian Sardel para hablar con Sheddy. Le llamaré por teléfono y le informaré de su resolución, excelencia. En un par de minutos terminaremos con esto de una vez por todas. Yo también descansaré después de cumplir mi misión.

Bakki-Lu vaciló Unos instantes y, por último, sacudió la cabeza. El auto se detuvo ante el café La Jarra.

Gaston descendió y entró en el local.

Casi al momento un auto negro, un «Citroën», se detuvo detrás del «Mercedes». Dos hombres bajaron del vehículo.

Se cubrían con gabardina y sombrero de fieltro.

Uno de ellos abrió la portezuela del «Mercedes» y metió medio cuerpo.

—¿Señor Bakki-Lu?

—Sí.

—Soy el inspector Georges Orcel, del Servicio de Contraespionaje. Tendrá que acompañarnos.

—No comprendo.

—Se trata de una simple comprobación de su pasaporte. Naturalmente, también le haremos unas preguntas acerca de su estancia en nuestro país. Lo siento, pero se trata de puro trámite…

—Está bien, iré con ustedes.

—Gracias.

—¿Puedo viajar en mi coche?

—Lo siento, pero tenemos el nuestro aquí detrás. No se preocupe, más tarde lo acompañaremos hasta su hotel.

—¿Puedo esperar a mi secretario?

—¿Dónde está?

—Entró en el café; está telefoneando.

—No hay inconveniente. Esperaremos. Gaston salió al cabo de unos minutos.

Se asombró al ver a los dos hombres junto a la portezuela. Pasó por entre ellos y se metió en el coche.

—¿Qué ocurre, excelencia?

—Son agentes del Contraespionaje. Al parecer, quieren comprobar mi pasaporte y hacerme unas preguntas.

—Proteste, excelencia. No pueden hacer eso.

—Me temo que están cumpliendo con su obligación. Usted mismo dijo que me iban a acompañar hasta el chalet de Sardel dos miembros de la Investigación Estratégica. Según veo, en un Estado moderno existen muchas clases de policías paralelas.

—Le acompañaré, excelencia.

—Gracias, Gaston. Hemos de viajar en el auto de ellos… El nuestro puede regresar al hotel.

Bakki-Lu y su secretario descendieron del «Mercedes».

Uno de los dos hombres con gabardina se sentó junto al conductor, y el otro ocupó el asiento trasero, entre Bakki-Lu y Gaston Deneuve.

En seguida el vehículo se puso en marcha.

Al cabo de veinte minutos de carrera, el auto entró en la cochera de una casa. Cuando todos descendieron, Bakki-Lu preguntó:

—¿Es aquí donde tienen ustedes su centro?

Le contestó el hombre que había hablado con él en el auto.

—Sí, excelencia. ¿Quieren seguirme? Un hombre abrió la puerta de la casa.

Bakki-Lu fue llevado a una habitación en que había una mesa y media docena de sillas. Del techo pendía una lámpara que arrojaba un haz de luz, pero los rincones estaban envueltos en la oscuridad.

—¿Quiere tomar asiento, excelencia? Bakki-Lu ocupó una silla.

Entonces la puerta de la derecha se abrió dando paso a otro africano de piel negra.

Bakki-Lu enarcó las cejas, porque sabía quién era aquel hombre. Sheddy, el representante del grupo que mandaba en su país.

Detrás de Sheddy apareció otro hombre, a quien Bakki-Lu también identificó. Era Christian Sardel, el dueño del hotel en donde se debía celebrar su conferencia con Sheddy.

—¿Qué significa esto, caballeros? —preguntó Bakki-Lu.

—Yo le contestaré, excelencia —dijo Sheddy—. Ha caído usted en la trampa. Bakki-Lu estuvo unos instantes sin habla.

Miró a Gaston.

—Usted también está metido en esto, Gaston… Me ha traicionado… Ahora comprendo su interés porque se celebrase la supuesta conferencia.

Sheddy sonrió.

—El caso es que está usted aquí y que la conferencia se va a

celebrar.

—De acuerdo. ¿Cuáles son sus condiciones, Sheddy?

—Sólo hay una condición.

—¿Cuál?

—Que usted muera…

—¿De eso se trata? ¿De un asesinato…?

—Yo no lo llamaría así, excelencia.

—¿Qué nombre le daría usted?

—Es necesario que usted muera por sí bien del país. ¿Se da cuenta, excelencia? Morirá como un auténtico patriota, al servicio de su pueblo.

—Es usted un cínico, Sheddy, y debo advertirle algo. No me importa morir si ha llegado mi hora… Mi muerte servirá para demostrar quién tiene la razón…

Sheddy borró la sonrisa. Hizo chascar los dedos con un gesto imperioso de la mano derecha.

Uno de los hombres del supuesto Servicio de Contraespionaje, el único que había hablado con Bakki-Lu, sacó una pistola y un silenciador que adosó al cañón.

Todos guardaban silencio.

El de la pistola apuntó a Bakki-Lu e hizo un disparo.

Bakki-Lu recibió el impacto en el pecho y fue arrojado al suelo con la silla. Quedó de bruces, moviéndose débilmente.

El hombre de la pistola hizo fuego otra vez.

El proyectil mordió en la espalda de Bakki-Lu. Quedó quieto, exánime.

—Cerciórese de que está muerto —dijo Sheddy.

El asesinó se acercó a Bakki-Lu y le pasó una mano por el corazón.

—Sí —dijo al levantarse—. Está muerto. Sheddy exhaló el aire de sus pulmones.

—Ya acabó la pesadilla. Este hombre habría sido capaz de echarnos de nuestro país… Les agradezco el apoyo que me han brindado para llevar a buen fin la operación Paloma Roja.

—No todo ha acabado —dijo Christian Sardel. Sheddy enarcó las cejas.

—¿Qué quiere decir?

—Me refiero a ese entrometido, al individuo que apareció en el

hotel, el que recogió el mensaje de Marc Lapierre.

—Oh, sí, ya me habló de él; Jacques Jordan. Pero usted me dijo que ya estaba muerto.

—Logró librarse.

El cuello de Sheddy se hinchó.

—Es absurdo.

—Pero no debe preocuparse, Sheddy. Terminaremos con él muy pronto.

—Quedamos de acuerdo en que no podíamos dejar con vida un solo testigo…

—Le repito que Jacques Jordan estará muerto esta misma noche.

—Espero que así sea.

En aquel instante sonó el teléfono. Christian Sardel alcanzó el auricular.

—¿Sí…? Hércules escucha… De acuerdo, muchachos… Procedan… Pero háganlo con absoluta seguridad, y sin armar escándalo… ¿Lo oyen bien? Sin armar escándalo… No quiero que vuelva a escapar… En cuanto lo hayan solucionado, comuníquenmelo… Espero su llamada.

Después de colgar se dirigió a Sheddy:

—Jacques Jordan, nuestro único testigo, se encuentra en estos momentos en una exposición de pintura… Lo tenemos acorralado, y no volverá a escapar.

Capítulo X

—¿Qué le parece ese cuadro, Jacques? —preguntó Claudine.

Era un conjunto de manchurrones rojos, azules, amarillos, verdes…

—Me recuerda una merienda en el campo con una rubia. Se le volcó la fiambrera sobre la falda y se puso perdida de huevos con tomate.

—No comprende usted el arte.

—Si eso es arte, no lo comprendo.

Se habían dado cita en aquel lugar personas de muy alta distinción social, a juzgar por sus vestidos, sus abrigos y sus joyas.

Un hombre rubio con barbita se acercó sonriente a la joven.

—Encantado de verte, Claudine.

—Yves, te presento a Jacques Jordan, un amigo… Jacques estrechó la mano que Yves le tendía y dijo:

—Eh, oiga, me gustaría conocer al loco que pintó todo esto. El rubio entornó los ojos.

—Yo soy el loco.

Claudine se puso una mano en la boca para disimular su risa.

—No tiene que disculparse —dijo Yves.

—No me iba a disculpar —repuso Jacques.

El rubio tomó a la joven por el brazo y se la llevó. Jacques quedó a solas.

Sacó un cigarrillo y lo encendió.

Se dirigió hacia una puerta del fondo en donde ponía la palabra «Dirección». Abrió la puerta y metió la cabeza.

Allí no había nadie.

Se acercó a una mesa y descolgó el auricular. Después de marcar un número esperó.

—¿León?

—Sí, soy yo.

—Jacques Jordan… León, quiero que tú y tres hombres más os pongáis a trabajar.

—¿En qué cosa?

—Quiero saber dónde está un africano llamado Bakki-Lu. Le acompaña su secretario, Gaston Deneuve. El africano se hospedaba en la habitación 132 del hotel Republic. Viaja en un «Mercedes» negro.

—¿En cuánto tiempo quieres que lo encontremos?

—Pongamos una hora.

—Estás chiflado. Nadie puede hacer eso en una hora.

—Vosotros, sí.

—No, Jacques, no se puede.

—Hay quinientos francos.

—¿Quinientos? ¿Quién los va a pagar?

—Yo mismo.

—Bueno, nos pondremos a trabajar… Pero si no da resultado, tendrás que pagar doscientos.

—Trato hecho.

—Oye, ese Bakki-Lu debe ser un hombre muy importante…

—Un amigo nuestro murió por relacionarse con él.

—¿Te refieres a Marc Lapierre?

—Así es, León.

—Demonios, entonces es un asunto que arde.

—Por los cuatro costados… Te volveré a llamar en cuanto pueda. Pero moveos aprisa. Quiero resultados… Para eso gasto mi dinero.

Jacques colgó.

Se sentó en un sillón y permaneció pensativo mientras fumaba un cigarrillo. En eso se abrió la puerta a su espalda.

Entonces oyó la voz de Claudine.

—¿De qué quieres hablarme, Yves?

—De ti y de mí.

—¿Y para qué me traes aquí? Me podías haber hablado ahí fuera.

—Lo que tengo que decirte sólo nos importa a nosotros… ¿No lo imaginas…? Estoy loco por ti…

—Cuidado, Yves, me vas a arrugar el vestido.

—¿Qué importa el vestido ahora…? ¿No ves mis ojos llenos de fiebre? Jacques asomó la cabeza por el respaldo del sillón.

Claudine estaba muy comprometida.

Yves la atrapó por la cintura y trató de besarla.

—Eh, oiga, pintor —dijo Jacques—. Puedo darle un par de comprimidos para que le baje la temperatura.

Yves dio un respingo y volvió la cabeza.

—Eh, ¿qué hace usted en este despacho?

—Me marearon sus cuadros y vine aquí para reponerme.

—¡Puerco!

Jacques se levantó del sillón.

Se dirigió hacia Yves haciendo chascar la lengua.

—Hay palabras que no debía de decir un hombre tan intelectual como usted, Yves.

—Si no se calla ahora mismo, le deshago la cara.

—Malo —dijo Jacques.

—Márchese de aquí y deje de espiarnos.

—Peor.

—¿Quiere que le saque a patadas?

—Se quemó —dijo Jacques, y le soltó la izquierda. El impacto fue tremendo.

En un segundo, Yves empezó a volar por el espacio, y no había sido lanzado en Cabo Kennedy.

Al fin, cayó por efectos de la ley de gravedad.

Dio una vuelta de campana sobre la gruesa alfombra y quedó de bruces, fuera de combate.

Jacques vio que Claudine estaba con los ojos muy abiertos, mirando el lugar en donde dormía el pintor abstracto.

—Pero ¿qué ha hecho usted?

—Quitarle Un moscón de encima.

—¿Sabe usted si me gustaba o no?

—Claro que no le gustaba.

—¿Cómo está tan seguro?

—Porque usted es una chica inteligente y no le puede gustar un tipo tan ridículo como él.

—Le diré lo que es usted.

—No se lo quede dentro, no vaya a ser que le salga una

erupción.

—¡Un hombre de las cavernas…! ¡Un troglodita…!

—¿Hubiese preferido, en serio, que la dejase a solas con él?

—Sí.

—Me gustaría sabe si habla con sinceridad.

—Claro que hablo con sinceridad.

—Muy bien, pues ahí lo tiene —dijo Jacques—. Con su pan se lo coma.

—Eh, ¿qué va a hacer?

—Marcharme…

Jacques ya estaba andando hacia la puerta.

—¡Deténgase!

—No, no quiero ser un obstáculo entre usted y su pintor de manchurrones. Hasta la vista, señorita Brasseur, y gracias por los favores que me prestó.

Jacques salió del despacho.

Se abrió paso por entre la gente. Tropezó con algunos invitados y se disculpó.

Estaba llegando al final de la larga sala en forma de rectángulo cuando se detuvo al ver a dos tipos en la puerta.

Los conocía bien.

Eran los dos gorilas con los que había sostenido un diálogo de pistola en el garaje del hotel Republic.

Dio media vuelta y retrocedió hacia el despacho. Se introdujo de nuevo en él.

Claudine estaba paseando pensativa y se detuvo.

—¿Ya volvió?

—Sí.

—¿Para qué?

—Me dio pena pensar que el pobre Yves está ahí sin conocimiento.

—Pues tiene para rato, porque el efecto de su puñetazo fue el de la coz de una mula.

—Gracias por la dedicatoria.

Jacques sacó un cigarrillo y lo encendió.

Claudine lo miró pensativamente, con las cejas enarcadas.

—Me gustaría saber de verdad qué clase de hombre es usted.

—¿Todavía no lo sabe?

—Usted me desconcierta.

—¿Por qué la desconcierto?

—Porque cambia como un camaleón.

—Eh, no me irá a comparar con todos los ejemplares del reino animal…

—¿Dónde nació usted?

—¿Qué importa eso?

—¿Tiene familia?

—No.

—¿Estuvo enamorado alguna vez? Jacques se echó a reír.

—Todas las mujeres terminan por preguntar eso.

—Yo le daré la respuesta. No, nunca lo estuvo.

—Es posible.

—Y piensa que el mundo es una selva donde los hombres son como fieras agazapadas, dispuestas a caer sobre su presa en el momento más inesperado.

—¿Qué otra cosa es?

—Se equivoca, no vivimos en una selva.

Jacques se echó a reír. Señaló la puerta por la que acababa de entrar.

—Le diré una cosa, señorita sabelotodo. Ahí fuera hay dos animales… Son de lo peor… Están agazapados o moviéndose sigilosamente, afilando las zarpas… Listos para despedazar a alguien…

—Ahí fuera no hay árboles, sino cuadros. Se trata de una exposición artística.

—¿Qué importa lo que haya ahí…? ¿Lienzos manchados con pintura, automóviles o botes de alcachofas? Sigue siendo un trozo de la selva… Y hay muchos animales. Unos son domésticos, dóciles mientras les conviene, no sacarán las zarpas en algún tiempo, aunque quizá hay uno de entre ellos que ataque esta noche a su mujer, a su amante o a otro enemigo cualquiera. Pero le repito que hay dos que quieren mi piel.

La joven se había puesto muy pálida.

—¿Los del garaje?

—Sí, señorita. Los del garaje…

—¿Qué va a hacer?

—Esperar.

—¿Esperar a qué?

—A que se decidan a entrar —dijo Jacques, sacando la pistola.

—¿Lo han visto?

—No lo sé.

—Entonces, no hace falta que saque la pistola.

—Si llegaron aquí es porque saben que me encontrarán… Cuando no me vean llegarán a la conclusión de que estoy escondido en alguna parte y entrarán.

Claudine se estremeció visiblemente.

—Ande —terminó Jacques— salga de esta habitación y mézclese entre la gente. Hubo una pausa.

—¿Y si me niego? —dijo ella.

Jacques echó a andar hacia la joven y la tomó por un brazo.

—Suélteme.

El no hizo caso y la llevó hacia la puerta.

—Recuerde, soy un hombre de las cavernas, un troglodita… Salga o la echo…

—Es usted un… —se interrumpió viendo la sonrisa de él—. ¿Le divierte…?

—Sí, mucho. Y ahora, adiós.

Jacques abrió la puerta con la mano libre. La joven levantó la barbilla.

—Ya estoy deseando perderlo de vista.

—Sus deseos serán complacidos.

La joven salió de la habitación y Jacques cerró la puerta. Dio un suspiro.

El pintor abstracto soltó un gemido y empezó a incorporarse.

—¿Qué hago aquí?

Jacques se apoyó en la pared, a dos metros de la puerta. Si se abría ésta, los asesinos perderían unos segundos en localizarlo.

Para él era una ventaja apreciable. Yves logró fijar sus ojos en Jacques.

—¿Todavía está usted aquí?

—Ya me ve.

—Maldito, salga de esta habitación y de la sala antes de que llame a la policía.

—Quédese quieto y cierre la boca.

Jacques tenía el arma en la espalda, pero ahora la enseñó. Yves

enarcó las cejas y se quedó con la boca abierta.

—Eh, no me irá a matar.

—Si lo hiciese, le haría un favor al arte. Pero entonces, esos *snobs* de ahí fuera lo convertirían en un genio… De modo que dejaremos las cosas como están y usted seguirá manchando telas…

Yves tragó saliva.

—Quiero salir de aquí.

—No. Usted se queda.

—¿Por qué quiere que me quede?

—Porque cuando saliese se pondría a dar gritos como una vieja histérica…

—Pero ¿qué está pasando? ¿Por qué tiene la pistola en la mano?

—Dos hombres han venido a matarme.

—¿Aquí…? —dijo Yves, haciendo un «gallo» con la voz.

—Sí, señor, a su exposición de arte puro.

—Dios mío, no puede ser…

—Deje de decir tonterías. ¿Por qué no puede ser? Hoy día se mata en cualquier parte.

¿Es que no lee los periódicos? Es tiempo para matar…

—Pero yo no tengo nada que ver con usted. ¿Se da cuenta? Si esos hombres entran aquí y se ponen a disparar, puedo ser alcanzado por una de las balas… ¡Yo no tengo nada que ver con usted…! ¿Lo entiende bien? ¡Nada!

—Calle.

—Por favor, déjeme salir de esta habitación.

—Si se va, armará escándalo.

—Le prometo que no lo haré.

—¿Qué vale su palabra?

En aquel momento se abrió la puerta. Jacques ya estaba apuntando hacia allí.

Claudine entró en la estancia, pero no iba sola. Un hombre la atrapaba por detrás utilizándola como escudo.

Otro hombre entró a continuación. Cerró la puerta. Jacques titubeó y ya era demasiado tarde.

El segundo individuo que había entrado dijo:

—Estás atrapado, Jordan. ¡Tira esa pistola!

Capítulo XI

Jacques miró la cara de Claudine. Estaba muy pálida.

Entonces él abrió la mano y dejó caer la pistola en la alfombra. El hombre que había hablado se echó a reír.

—Vaya, el héroe se cansó…

—¿Dónde va a ser la ejecución? —preguntó Jacques.

El hombre que sujetaba a Claudine dio un empellón a ésta, alejándola de sí. Ahora los dos verdugos apuntaron con su pistola a Jacques.

—Te sacaremos de aquí, Jordan —dijo el más alto.

—Eso está bien. El pintor se desmayaría si lo salpicasen con mis sesos. Yves se tambaleó como si quisiese dar razón a Jacques.

—No, por favor, aquí no —dijo.

—Nadie va a matar a nadie —rió el asesino—. Sólo queremos llevarnos a Jordan para que nos diga dónde guarda los billetes de a cien… Es un ladrón que robó a nuestro jefe, y cuando tengamos el botín, le daremos unas cuantas patadas en el trasero. Sólo eso.

A Jacques le llegó el turno de reír.

—Eres un tipo con mucho talento, muchacho…

—Basta de charla… Vamos, Jordan, echa a andar. Jacques hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Se encaminó hacia la puerta. El otro verdugo la abrió.

Jacques se detuvo cerca del hueco y miró a la joven.

—Encantado de conocerla, señorita.

—Quiero que sepa una cosa.

—La escucho, señorita Brasseur.

—Me atraparon ahí fuera… No lo vendí a usted.

—¿Quién piensa en eso?

Jacques saltó sobre el verdugo más cercano pegándole un

mandoble con el filo de la mano.

Al mismo tiempo se coló por el hueco y cerró la puerta a sus espaldas.

Echó a correr abriéndose paso entre la gente.

A sus espaldas oyó que la puerta del despacho se abría y uno de los verdugos gritaba:

—¡Apártense! ¡Fuera!

La gente empezó a dar chillidos.

Jacques soltó un empellón a una mujer gorda y casi le hizo tragar el canapé que se llevaba a la boca.

Lanzó por el suelo a un tipo demasiado pequeño. El verdugo seguía gritando:

—¡Maldita sea, apártense, esto es una pistola…! Seguían los chillidos.

Jacques llegó al final de la sala y corrió con más ligereza al tener más campo libre. Ya estaba en la calle.

Maldijo por no tener su auto a mano.

Y tampoco podía utilizar el de Claudine porque ella se había quedado la llave de contacto.

Echó a correr por la derecha.

Vio un taxi libre y se metió en él como una centella.

—Eche a correr todo lo que pueda —ordenó.

Volvió la cabeza. El primer verdugo salía de la exposición. El taxi ya estaba corriendo.

El otro verdugo se unió a su compañero.

Éste señaló el taxi y los dos corrieron hacia un auto negro.

—Eh, ¿es que no puede ir más aprisa? —dijo Jacques—. Le pagaré el doble. El conductor del taxi apretó el acelerador.

—Ahora a la derecha —ordenó Jacques cuando habían corrido unos cien metros. El taxista obedeció.

—No me ha dicho dónde vamos.

—Lo dejaré en seguida. No se preocupe. Estaban en Saint-Germain-des-Prés.

Era un barrio que le convenía.

Jacques ya tenía en la mano un fajo de billetes. Apartó unos cuantos y se los alargó al taxista.

—Ahí tiene. Frene en la próxima callejuela, pero no llegue a detenerse.

—De acuerdo.

El taxista cumplió la orden de Jacques y éste abrió la portezuela y saltó.

Siguió corriendo dejándose llevar por el impulso y, poco después, se introducía en una casa.

Se metió en un rincón.

Unos segundos después oyó el zumbido del motor. Era el auto de los verdugos.

Pasó como una exhalación por enfrente. Esperó unos segundos y por fin salió a la calle. Lo había logrado de momento.

Se alejó de allí bastante y luego entró en un bar.

Pidió una copa en el mostrador y fue a la cabina telefónica. Marcó el número de León Fabré.

Descolgaron en seguida.

—¿León? Aquí Jacques…

—Eh, muchacho, ¿en qué clase de juerga te metiste?

—¿Qué pasa?

—Será mejor que lo olvides todo.

—¿Por qué?

—El asunto apesta.

—¿Me vas a decir a mí que apesta…? Están tratando de cazarme como a un conejo…

—Ya lo suponía. Pero yo te diré lo que tienes que hacer. Largarte a los Vosgos.

—¿Y por qué no al Himalaya?

—Te lo digo en serio, muchacho. Lo que he descubierto me ha puesto el pelo blanco. Pensé que no me llamarías, que tendría que gastar unos cuantos francos en una corona de flores.

—Pues has hecho un ahorro, porque todavía no es mi entierro.

—Lo tendrás si te quedas en París.

—Oye, te voy a pagar quinientos francos por una información y hasta ahora no dijiste nada.

—Escucha, Jacques, te aprecio por lo que hiciste por mí. Me has ayudado un par de veces en la mala. De modo que voy a hacer las cosas a mi manera. No te voy a cobrar quinientos, ni doscientos, ni cien francos. No te voy a cobrar nada. Si te largas, asunto concluido. Los gastos corrieron por mi cuenta.

—No sigas, León. Ya tengo la cabina inundada de lágrimas. Un

poco más y me ahogo. León se echó a reír desde el otro extremo del cable.

—Siempre tan optimista, ¿eh, Jacques?

—Sí, lo soy tanto que pagaré quinientos francos por tu información. Escúpela.

—No, Jacques.

—Sé que hay asesinos metidos en esto y no son de los malos.

—Si fuesen sólo asesinos…

—Continúa…

—¿Crees que vale la pena?

—Maldita sea, continúa.

—Está bien, Jacques. Tú te lo guisas y tú te lo comes… Ese Bakki-Lu interesa a mucha gente.

—¿Por ejemplo?

—A la Investigación Estratégica.

—¿Qué es eso de la Investigación Estratégica?

—Una policía paralela.

—Serán falsarios, impostores…

—No, no lo son.

—¿Quieres decir que hay funcionarios del Gobierno mezclados en un asunto de rapto?

—Aclaremos un poco las cosas. No son funcionarios del Gobierno. Ya sabes lo que pasó en Argelia.

—No me lo cuentes. Yo estuve allí y lo sé mejor que nadie.

—Se crearon cuerpos especializados para luchar contra la OAS. Más tarde no quisieron despedir a esos funcionarios, por llamarlos de alguna forma… Así fue como empezaron a surgir distintos comandos con nombres variados. Existen presupuestos especiales.

—Cierra la boca de una vez. No quiero oírte hablar de eso, sino de lo que me interesa.

—Es lo que estoy haciendo, Jacques. Sólo quería ponerte en guardia contra la clase de tipos con que te enfrentas… La Investigación Estratégica está metida hasta el cuello en lo que se refiere a Bakki-Lu.

—Ya estoy cansado de que te refieras a la Investigación Estratégica. Quiero nombres de personas.

—Hay un tipo, Christian Sardel. Es uno de los jefazos…

—¿Dónde lo puedo encontrar?

—En un chalet de las afueras… —León le dio la dirección.

—¿Quién más?

—Por encima de Christian Sardel, hay otro fulano.

—¿Cómo se llama?

—Paul Lefranc, pero no estoy muy seguro de que esté al corriente. Ya sabes lo que pasa en esta clase de trabajos. Uno de esos funcionarios puede estar mezclado y su jefe no tiene ni idea…

—Claro, el jefe puede ser un santo dedicado a la contemplación. Pero dime, ¿qué sabes de Bakki-Lu?

—Nada. Pero he podido deducir que hay mucha gente interesada en que Bakki-Lu se vaya con sus antepasados. Y si tú dices que lo raptaron, puedes apostar a que no está vivo.

—Ya lo veremos…

—¿Es que piensas continuar en el asunto?

—Sí, León. Continuaré el asunto, porque no me interesa seguir el resto de mi vida en los Vosgos.

—¿Quién te dice toda tu vida? Con un par de años la gente te olvidaría.

—No, León.

—Pero ¿qué ganas con enredar, Jacques? ¿Acaso tienes un patrón que te paga?

—No. No lo tengo.

—Entonces, eres un estúpido si te juegas la piel por algo que no vale nada.

—Gracias por todo, León. Te mandaré los quinientos francos.

—No los quiero. ¿Lo entiendes bien? No me gusta cobrarle a un muerto.

—Te estoy hablando y eso significa que estoy vivo.

—Pero ¿hasta cuándo lo estarás, Jacques? De todas formas he querido ser un amigo para ti…

—Vete al infierno. No empieces a llorar otra vez —dijo Jacques, y colgó. Salió de la cabina y pidió otra copa en el bar.

Bebió el contenido de un solo trago. Luego salió del bar.

Tomó un taxi y dio una dirección cercana al chalet de Christian Sardel. Al llegar allí despidió al taxista.

Debía de tomar toda clase de precauciones. Ahora no tenía pistola. En el chalet había una habitación iluminada, a la izquierda.

Saltó la verja del jardín y se dirigió hacia la ventana que tenía

luz. Llegado a ella se detuvo y asomó poco a poco la cabeza.

Un hombre paseaba de un lado a otro de la habitación, y otro estaba sentado en una silla.

Los dos hablaban.

—Son dos tipos de porquería —decía el que iba de un lado a otro—. Tenían que haberlo matado.

—Debes estar tranquilo, lo matarán.

—Pero lo importante es que no lo han hecho hasta ahora. No podemos correr ningún riesgo.

—¿Quién está corriendo un riesgo, Christian?

—Nosotros, maldita sea.

—Jacques Jordan está sentenciado.

—Si, está sentenciado, pero ¿quién acaba con él?

—Nuestros muchachos.

—Tú tienes mucha confianza con nuestros muchachos, Michel. Pero para mí es como si fuesen chiquillos.

—Hasta ahora han servido. Fueron eficientes… Han realizado sus trabajos a la perfección. ¿Por qué, de pronto, vas a desconfiar de ellos?

—Por Jacques Jordan.

—Es un tipo como otro cualquiera… También a él le va a llegar la hora.

—Quisiera estar tan seguro como tú, Michel.

En aquel momento, Jacques sintió que algo duro se incrustaba en su espalda y una voz dijo:

—Levanta las manos, muchacho, o te rompo la espina dorsal.

Jacques soltó una imprecación para sus adentros. Le habían capturado y esta vez era por culpa suya, por no haberse ido a los Vosgos.

CAPÍTULO XII

Christian Sardel enarcó las cejas al ver al hombre que entraba en la habitación con los brazos levantados.

Detrás del joven de facciones enérgicas apareció uno de sus empleados, apuntándole con una pistola.

—¿Quién es, Charlie?

—¿No lo imagina, señor Sardel?

—¿Jacques Jordan?

—Así es.

Christian Sardel se echó a reír.

—Vaya, señor Jordan. Estuve preocupado durante unas horas por usted y resulta que vino a visitarme a mi propia casa.

—Soy un tipo así de educado.

—Lo felicito por su urbanidad.

—Gracias.

—¿Dónde estaba, Charlie?

—Junto a la ventana. Escuchando su conversación. Christian Sardel fijó los ojos en su prisionero.

—Eso ya está muy feo. Tendré que retirarle la felicitación por su urbanidad.

—Qué pena.

—¿Qué vino a hacer aquí?

—Vine a por un amigo.

—¿A qué amigo se refiere?

—A Bakki-Lu.

—¿Es usted amigo de ese negro?

—Como uña y carne.

—Otra vez me decepciona. ¿Qué le puede importar a usted un negro?

—No me diga que Bakki-Lu es un salvaje, un antropófago y que me comerá.

—Nadie puede esperar cosas buenas de un negro. Quién sabe, quizá se lo coma…

—¿Con o sin servilleta?

—¡Ya basta de sarcasmos, Jordan!

—Usted fue el que empezó.

—Sí, pero yo soy el amo.

—No, no lo es. Por encima de usted está Paul Lefranc. Christian Sardel arrugó el entrecejo.

—¿Qué sabe de eso?

—Usted trabaja para la Investigación Estratégica.

—Es cierto.

—Y es Paul Lefranc quien le da a usted las órdenes.

—Supongamos que así sea.

—¿Está al corriente Paul Lefranc del supuesto rapto de Bakki-Lu?

—¿Qué le importa a usted?

—Sólo quería saber cómo funciona su organismo.

Michel, el hombre que estaba sentado en la silla, se puso de pie de un salto.

—Christian, ¿por qué no terminas de una vez con él?

—Paciencia, Michel. Lo tenemos en nuestras manos. ¿Es que no lo ves? Charlie lo está apuntando con una pistola.

—Me pone nervioso este tipo.

—¿Por qué?

—También te ha puesto nervioso a ti, Christian. Recuérdalo. Hace un minuto parecías un león enjaulado.

—Sí. Eso pasó hace un minuto. Pero ahora, ya no soy un león enjaulado. Me preocupaba dónde estaba Jacques Jordan, y resulta que lo tenemos aquí. Se acabaron los nerviosismos. ¿De acuerdo, Michel?

Michel hizo un gesto con la cabeza.

—Sí, creo que tienes razón.

—Claro que la tengo.

—Pregúntale si habló con alguien acerca de Bakki-Lu. Christian dio unos pasos hacia Jacques.

—Contesta a la pregunta de Michel, Jordan.

Jacques se miró la punta de los zapatos y luego, alzó los ojos.

—De acuerdo. Lo haré.

—Magnífico.

—Tomé mis precauciones… Un amigo pondrá en conocimiento de la policía todo lo que yo sabía.

—¿Y qué es lo que tú sabías?

—Secuestraron a Bakki-Lu.

—¿Qué más?

—Están implicados ustedes, los de la Investigación Estratégica…

—Imagino que tendrás una proposición que hacer. ¿Verdad, Jordan?

—Sí, desde luego.

—Oigámosla.

Michel intervino de nuevo dando un grito.

—¡Estamos perdiendo el tiempo, Christian! Ordena que lo maten de una vez. Sardel le dirigió una fría mirada.

—Será mejor que te estés callado si no tienes temple.

—Este tipo ha enredado.

—Sí, lo sé. Ha enredado y por eso quiero conocer sus condiciones para una transacción.

¿De acuerdo, Michel?

—Como tú quieras.

Christian esbozó una sonrisa al dirigirse a Jacques.

—Venga, Jordan, suelta ya tu oferta.

—Quiero a Bakki-Lu.

—¿Qué más?

—Sólo eso, a Bakki-Lu.

—Para ponerlo a salvo.

—Bueno, tendrás que conformarte con otro negro —Sardel volvió a pasear por la estancia—. Después de todo, hay muchos negros en el mundo.

—Especialmente en África.

—Sí, eso, en África. Es donde más abundan. Pero también están en París. ¿De acuerdo, Jordan? Te daré un negro y también te servirá para que te abanique.

Jacques hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Quiero a Bakki-Lu.

Christian Sardel lanzó una carcajada.

—¿Habéis oído eso? El muchacho quiere a Bakki-Lu, y el muchacho se cree en condiciones de imponer lo que a él le salga de los redaños.

Jacques estaba mirando al suelo. Allí había manchas de sangre.

Christian se detuvo de nuevo ante Jacques.

Permaneció un rato quieto, observando el rostro del prisionero.

—¿Para quién trabajas, Jordan?

—Para nadie.

—Te he preguntado para quién trabajas.

—Y ya le contesté.

—¿Sabes lo que tú eres, Jordan? Un estúpido. Sí, eres un estúpido si piensas que me voy a creer eso. Trabajas para Bakki-Lu.

—No, no es verdad.

—¿Sabes que te puedo obligar a confesar? Jacques no contestó.

—Sí, Jordan —prosiguió Sardel—. Puedo obligarte a confesar. Tengo medios para conseguirlo.

—Lo imagino.

—No, no puedes imaginar los medios de que nos valdríamos para obligarte a cantar todo lo que yo quiero oír…

—Puede hacerlo.

—¿Me desafías?

—No me dejó terminar.

—Pues acaba de una vez.

—Quería decir que usted puede someterme a tormento. Pero no le puedo decir más de lo que sé. Vi a Bakki-Lu por primera vez en el hotel. No tengo nada que ver con él. Me limité a darle un mensaje. Que no acudiese a la reunión.

—Un mensaje que te dio Marc Lapierre.

—No, no fue Marc Lapierre.

—La chica de Marc Lapierre.

—Sí, Juliette. A propósito, tengo que decirle algo de la chica.

—¿Qué cosa?

—Esto —dijo Jacques y le soltó la derecha. Fue un tremendo puñetazo en la mandíbula.

Pilló desprevenido a Christian Sardel y éste voló por el aire. Se estrelló en el suelo.

Charlie, el matón, dijo por detrás a Jacques:

—Te ganaste una bala, muchacho.

Jacques no hizo ningún gesto para volverse porque sabía que con ello no conseguiría nada. Había cometido un error y eso no era frecuente en él.

—¡No lo mates, Charlie! —gritó Sardel desde el suelo—. ¡No lo mates, todavía!…

Escupió saliva mezclada con sangre y se frotó el mentón.

—Fue un buen puñetazo, Jordan —dijo mientras se levantaba.

—Lo que le hicieron a Juliette fue una indecencia.

Christian sacó el pañuelo y se restañó la sangre de la boca.

—Tienes malos modales.

—Imagino que ya ha rectificado totalmente su opinión acerca de mi urbanidad.

—Sí, Jordan. He rectificado totalmente.

—Lo celebro. No me gustaba que tuviese esa idea de mí, la de un chico correcto, con suaves maneras.

Christian apretó los maxilares. Sus ojos parecían dos brasas de fuego.

—Te crees el único, ¿eh?

—¿Quién ha dicho eso?

—Sí, te crees el único. Pero yo sé mejor que tú cómo hacer la vida insoportable a una persona… Tengo ideas en la cabeza. Soy muy ingenioso para acabar con un tipo. Sí, Jordan, para hacerle desear a un hombre no haber nacido.

—Lo imagino.

—¡He dicho que no lo puedes imaginar!

—Como usted quiera.

—Haremos la prueba, Jordan.

—No, será mejor que se esté quieto.

—¿Por qué he de estarme quieto?

—Por mi amigo. Ya le dije que se lo conté todo.

—Eso me importa un rábano.

—Se va a jugar el cargo y algo más. Christian soltó otra risotada.

—No, Jordan, no me voy a jugar nada. Yo tengo los pies firmes sobre la tierra. Siempre los he tenido. Pero tú no, tú eres un miserable aventurero, un tipo de tres al cuarto, al que voy a dar una lección…

CAPÍTULO XIII

—Oiga, Christian, debe ser más sensato —dijo Jordan.

—¿Y cómo debo de ser más sensato?

—Dejándome en libertad.

—¿Y qué más?

—Usted lo sabe. Entregándome a Bakki-Lu.

—Puedo dejarte en libertad, pero no puedo entregarte a Bakki-Lu. Hubo un silencio en la estancia.

—Lo ha matado, ¿eh?

—¿Y qué, si lo hemos matado?

—¿Cómo ha podido usted cometer un asesinato?

—No fui yo.

—No me diga.

—Ocurrió una desgracia.

—Cuéntemela.

—Bakki-Lu llegó aquí para sostener una conferencia con el gobierno de su país legalmente constituido…

—¿Quién era el representante del gobierno?

—No te importa.

—Está bien. Continúe.

—Bakki-Lu y el representante del gobierno legalmente constituido se pusieron a hablar. Nosotros sólo éramos testigos. Habíamos hecho posible que dos personas como Bakki-Lu y el representante se reuniesen. Ése es nuestro trabajo. Hacer lo posible para que reine la paz en el mundo y, especialmente, en el país de Bakki-Lu.

Christian Sardel se pasó otra vez el pañuelo por la boca. Miró éste y sonrió al ver que no tenía sangre.

Entonces, prosiguió:

—El diálogo entre Bakki-Lu y el representante del gobierno legalmente constituido iba por buenos cauces. Es lo que nosotros deseábamos. De pronto, surgió lo inesperado.

—¿Qué fue lo inesperado?

—Bakki-Lu. Exigió una condición importante para ir a la capital de su Estado.

—¿Qué es lo que exigió?

—Someter a juicio a los actuales gobernantes… ¿No lo comprendes? Era absurdo por parte de Bakki-Lu… Su interlocutor dijo que no estaba dispuesto a aceptar esa condición. Era lo lógico. Siguieron discutiendo y los ánimos se exaltaron… De pronto, Bakki-Lu echó mano a una pistola… Iba a cometer un homicidio, o un asesinato. Sí, muchacho, iba a liquidar al hombre que estaba hablando con él. Entonces, uno de mis chicos sacó una pistola y se vio obligado a hacer fuego. Bakki-Lu recibió una bala en el pecho… Fue un caso de mala suerte.

—Sí, lo comprendo.

—Yo socorrí personalmente a Bakki-Lu, pero ya era demasiado tarde. No llegó a pronunciar una sola palabra. Murió en seguida. Pero yo castigué al hombre que lo mató.

Lo he destituido. Naturalmente, no puedo encerrarle en la cárcel. Después de todo, es un empleado de la Investigación Estratégica. Y cumplió su deber, aunque quizá deba agregar que lo hizo con un celo excesivo…

—Qué pena…

—¿Te burlas, Jordan?

—Oh, no.

—Así pasaron las cosas.

—Bueno —dijo Jacques, dando un suspiro—. ¿Dónde está el cadáver de Bakki-Lu?

—¿Qué te importa dónde esté su cadáver?

—¿No lo va a entregar a sus familiares?

—No. No podemos.

—¿Es que no tiene familiares?

—Sí, Bakki-Lu tenía esposa y dos hijos.

—¿Dónde están?

—En Ginebra…

—Entonces, envíen el cadáver a Ginebra.

—He dicho que no podemos.

—¿Por qué?

—Porque es un secreto de Estado.

—No lo entiendo. Usted puede hacer un informe oficial de cómo pasaron las cosas. Le bastará con contar lo que me ha dicho a mí.

—No, muchacho, no haré eso.

—¿Por qué no?

—¿Es que no lo has oído, maldita sea? ¡Se trata de un secreto de Estado! Michel intervino:

—Oye, Christian. Estás perdiendo el tiempo con él. ¿Por qué le das tantas explicaciones?

—No cuesta nada darlas.

—Pero se va a ir al otro mundo.

—Por eso, porque se va a ir al otro mundo —Christian rió su ingeniosidad—. Así podrá viajar tranquilo.

Jacques miró fijamente a Christian.

—Yo de usted no lo haría.

—Yo, sí… Y desgraciadamente para ti, es mi decisión la que cuenta.

—Está bien, sé perder.

—Eso es muy deportivo.

—¿Van a llevar mi cadáver con el de Bakki-Lu? Christian rió estremeciendo los hombros.

—¿Ven qué muchacho tan listo…? Quiere saber dónde llevamos a Bakki-Lu… Pero esta vez no tendrás información.

—¿Por qué no, si me voy a ir al otro mundo? —repuso Jacques con ironía.

—Tienes un gran sentido del humor, Jacques.

—Gracias…

—Pero ya no te vale para nada.

Christian hizo una pausa. Su rostro fue adquiriendo una gran dureza.

—Machácalo, Charlie. Tú le ayudarás, Michel.

—Descuida —asintió Michel—. ¿No te quedas tú?

—Tengo que hacer en otra parte.

—Simone —dijo Michel.

—¿Qué te importa a ti dónde voy…?

En aquél, momento se oyó un chirriar de frenos. Michel sacó la

pistola y corrió hacia la ventana. Jacques pensó que quizá tendría una oportunidad.

Se volvió ligeramente para mirar a Charlie. Éste era un tipo con cara llena de pecas y nariz ganchuda.

—No, no te hagas ilusiones, Jordan, no me voy a distraer.

—¿Quién es? —preguntó Christian.

—Son Edouard y Homain… Traen una chica —contestó Michel.

—¿Qué nueva idea se les habrá ocurrido a ese par de imbéciles? —exclamó Christian. Se oyeron pasos en el corredor.

Jacques ya estaba mirando hacia el hueco.

Vio entrar a Claudine y no le pilló de sorpresa. Había tenido un presentimiento y rara vez le salía mal.

Los dos secuestradores eran los tipos que ya conocía, los que le habían perseguido en el garaje del hotel y en la exposición de pintura abstracta.

Los dos hicieron un gesto de asombro al ver allí a Jacques.

—Demonios —dijo el más alto—. Mira a quién tenemos aquí, Romain.

—¿Sólo se te ocurre decir eso? —intervino Christian—. Sí, está aquí, pero ¿sabéis por qué?… Porque se le ocurrió meter la cabeza en el avispero… Charlie lo cazó ahí fuera y eso quiere decir que se os escapó dos veces.

—No tuvimos suerte —contestó Romain.

—¿De veras que no?… Es curioso. No tuvisteis suerte y, sin embargo, traéis aquí a una persona por la que yo no me interesé…

—Es la chica que estaba con él.

—¿Qué me importa a mí la chica que estaba con él?

—Pensamos que ella podría decirnos dónde encontrarlo.

—Cada día sois más idiotas… Tenéis tanto talento que os voy a proponer para el Instituto de Biología… Sí, muchachos, seguir así y mandaré allí vuestros esqueletos… Hubo un silencio y luego, Christian dijo:

—Está bien, el mal ya está hecho. Ocuparos también de ella. Jacques dobló la cabeza.

—No puede hacer daño a la chica. Sería estúpido por su parte…

—¿Cuál es la orden, general?

—Conmigo ya tiene bastante. Soy yo el que está enterado de todo el asunto, pero ella no conoce un solo detalle.

—Ahora pienso que Romain y Edouard no hicieron un trabajo tan malo… Conociste a esta chica en el momento preciso para entrometerla en nuestro negocio. Ella es un huésped del hotel Republic… Te escondiste en su apartamento cuando se te pusieron las cosas feas, te ayudó a salir del garaje del hotel y, luego fuisteis juntos a una exposición de cuadros, de donde lograste escapar otra vez… Súmalo todo, Jordan, y repite eso de que la chica no está enterada de nuestro negocio…

—Insisto en ello.

—Tú puedes insistir todo lo que quieras, pero la chica se va contigo.

—No pueden matar impunemente.

—Lo haremos bonito… Tú y la chica sufriréis un accidente. Todos los días ocurren en París… ¿No has leído las estadísticas?… Tú y ella sois dos seres humanos y tuvisteis la mala suerte de sufrir un accidente de automóvil… ¿Tiene la chica auto, Romain?

—Sí. Pero lo dejó cerca de la exposición.

—Uno de vosotros irá por él y lo traerá aquí… Ve tú, Edouard.

—Sí, señor.

Edouard se acercó a Claudine y le quitó el bolso de un tirón. Después de sacar las llaves de contacto, arrojó el bolso al suelo.

—No tardes mucho, Edouard —dijo Christian.

—El tiempo de ir y volver. Edouard salió de la casa. Christian dijo:

—Metedlos en una de las habitaciones hasta que llegue Edouard.

—¿Los dos juntos?

—Sí, ¿por qué no?… Tendrán de qué hablar.

Charlie y Michel, pistola en mano, sacaron a los prisioneros y los encerraron en una habitación.

La única ventana estaba provista de rejas. Al quedar a solas, Jacques preguntó:

—¿Cómo te atraparon, Claudine?

—Cuando te escapaste, quise contárselo a la policía.

Iba a entrar en mi coche cuando me cerraron el paso en la calle. Jacques apoyó el codo en la pared y se tironeó del lóbulo de una oreja.

—¿Qué ibas a contar a la policía?…

—Toda la verdad.

—Debiste estarte quieta.

—No podía dejar que te matasen.

—La policía no habría podido evitar nada… ¿Es que no lo ves?… Ya me pillaron y esta vez será difícil que escape…

—¿Crees de verdad que nos van a matar?

—Sí. Y si tú lo dudas, es que eres tonta.

—Pero no pueden cometer un doble asesinato.

—¿No oíste a Christian?… No va a ser un doble asesinato, sino un doble accidente. Claudine sacudió la cabeza.

—Es absurdo… Como vivir una pesadilla.

—No, Claudine, es la vida misma. Sólo que para mí es lógico lo que para ti es absurdo… Te lo advertí, vivimos en una jungla y esa gente que viste ahí fuera son las fieras.

—Debe haber una forma de arreglarlo.

—Ya lo intenté yo y fracasé… Sabía que se reirían de mí. Sin embargo, probé suerte. Cuando uno trata de salvar la vida, se coge a una tabla que encuentra flotando cerca.

—¿Y por qué nos van a matar?

—Porque liquidaron a Bakki-Lu y no quieren dejar ninguna pista.

—¿Cómo se han atrevido a asesinar a una persona tan importante?

—Ellos creen tener medios para arreglarlo. Ese Christian Sardel es casi un funcionario. Trabaja para lo que se llama una policía paralela.

La joven dio un suspiro.

—Entonces, ya hemos llegado al final.

—Sí, Claudine, y lo siento por ti. Soy el culpable de que te encuentres en esta situación.

—No digas eso.

—Sí. Te viste envuelta en este jaleo en el momento en que yo me metí en tu apartamento del hotel Republic. Como siempre, fue el destino quien decidió… Pude haber pensado en otro número, pero tuve que elegir el 322, justo el que tú ocupabas.

Jacques dio unos pasos hacia ella. Se detuvo muy cerca.

—Sí, es curioso. Fue cosa del destino. Los dos se miraron a los ojos.

Entonces, Jacques, acercó poco a poco su cara a la de Claudine y

la besó en los labios.

CAPÍTULO XIV

La puerta se abrió dando paso a Michel y a Charlie.

Los dos manejaban pistola y Michel traía algo más. Una botella de *whisky*.

—Eh, muchachos, venimos a celebrarlo.

—Yo paso —contestó Jacques—. No celebro nada.

—¿Quién ha dicho que no…? ¿Es que no sabes lo que vamos a celebrar?… Tu buena suerte.

Michel se agachó y dejó la botella en el suelo.

—Anda, echa un trago… ¿Es que no me has oído, Jordan?… Elige. Beber *whisky* o una bala en la barriga… Tienes tres segundos para decidirlo. ¡Uno, dos…!

Jacques dio unos pasos y tomó la botella. Desenroscó el tapón.

—Venga, Jordan, quiero ver cómo bebes —le apremió Michel. Jacques bebió un trago.

—Eso no es nada —dijo Charlie—. Bebe cuatro dedos más…

—No me encuentro bien.

—¡Bebe, maldita sea! Jacques bebió otro trago.

—Eso está mucho mejor —dijo Michel—. Ancla, dale la botella a la chica…

—No me gusta el *whisky* —repuso Claudine.

—Pues ahora te va a gustar… ¿Lo bebes aquí o te lo hacemos beber Michel y yo en otra habitación? Ya puedes estar segura de que los tres lo vamos a pasar muy bien… Hasta bailaremos.

—Prefiero beberlo aquí.

—Estupendo.

Claudine se acercó a Jacques y éste le dio la botella.

La joven bebió un trago. Arrugó la nariz cuando sintió que el *whisky* le abrasaba la garganta.

—Ya no quiero más —dijo. Michel sacudió la cabeza.

—Os vais a terminar la botella entre los dos. Mitad v mitad…

—Es demasiado *whisky* para mí —gritó la joven.

—A la próxima vez que te opongas, te llevaremos con nosotros… ¡Bebe! La joven lo obedeció.

Se llevó la mano a las sienes.

—Dios mío, me encuentro muy mal. Jacques la tomó por la cintura. Charlie y Michel sonreían divertidos.

—Debéis animaros, muchachos —dijo Michel—. Ésta es la última juerga de vuestra vida. Jacques había tomado la botella por el cuello. Consideraba las posibilidades de servirse de ella como un proyectil.

Sin embargo, los dos fulanos habían tomado precauciones, estaban muy cerca de la puerta. Y aun suponiendo que lograse pegar con la botella a uno de ellos, el otro seguiría siendo un enemigo de mucha consideración porque empuñaba una pistola.

No, no servía.

Trató de ganar un poco de tiempo.

—¿Qué es lo que van a hacer?

—Ya oíste al jefe —le contestó Charlie—. Vais a sufrir un accidente. Es lógico que sufran un accidente las personas que viajan ebrias. No comprendo por qué la gente que bebe tanto como vosotros se ponen ante un volante… ¿Tú lo comprendes, Charlie?

—Tengo un primo que trabaja en una casa de seguros. Me dijo que el mayor número de personas que se mata en un automóvil es por estupidez suya. Y en más de un cincuenta por ciento se debe a que han bebido demasiado alcohol.

—Sí, Charlie, tienes razón. Aquí hay dos personas que se encuentran en ese caso… Han bebido sin tasa y los muy atrevidos se disponen a viajar en un automóvil… ¿Te cuento el resto, Charlie?

—Claro que sí.

—Ella va a llevar el volante, y apretará mucho el acelerador. Otra locura. ¿Por qué la gente tiene que correr tanto con el automóvil? ¿Por qué esta chica que está borracha ha de llevar un auto como un bólido de carreras, a ciento cincuenta kilómetros por hora?…

—¡Cierra la boca de una vez! —gritó Jacques y lanzó la botella contra Michel.

Éste se agachó y la botella se estrelló contra la pared. El *whisky* corrió por el muro.

Michel se irguió apuntando con la pistola a Jacques, el dedo en el gatillo. Por unos momentos, Jacques pensó que iba a disparar.

—Mereces que te meta una bala en la ingle, Jordan…

—¿No tienen bastante con lo que están haciendo? Ya bebimos el *whisky* que querían…

¿Por qué no terminan de una vez?

—Tienes prisa por morir, ¿eh?

—Sólo tengo prisa por perderles de vista.

Jacques se había apartado de Claudine, y ésta se tambaleó.

—Nunca me he encontrado tan mal —gimió.

—Bien, muchachos —dijo Michel—. Llegó la hora, vámonos…

—Quiero hablar primero con Christian —opuso Jacques.

—Tendrás que mandarle un telegrama desde el infierno.

—He dicho que quiero hablar con él.

—No puedes hablar con Christian porque va se marchó…

—Muy bien, me llevarás al lugar donde él se encuentre. Tengo algo importante que decirle.

Michel se echó a reír.

—¿Crees que vas a adelantar algo con ese truco? Muchacho, eres más imbécil de lo que yo suponía… Vamos, en marcha, ya perdimos demasiado tiempo… Y preocúpate por la chica. Atrápala por la cintura y no apartes las manos de ella. Te estaremos vigilando, de modo que, olvídate de todos los truquitos que hayas aprendido durante tu cochina vida…

Jacques se acercó a Claudine.

—¿Cómo estás…?

—Horriblemente mal… Todo me da vueltas… —soltó una risita —. Eh, Jacques. Esto resulta la mar de divertido… Antes de ahora sólo me emborraché una vez en mi vida… Prometí no hacerlo más. Y ahora me embriago otra vez, justo cuando me van a matar…

—Se acabaron las lindezas —gritó Michel—. O acabamos con vosotros aquí mismo…

—No hace falta, ya salimos —dijo Jacques.

Tomó a la joven por el brazo y la llevó hacia la puerta.

CAPÍTULO XV

Habían tomado muchas precauciones.

El auto era conducido por Romain y a su lado viajaba Claudine.

Detrás, Jacques estaba flanqueado por Michel y Charlie, los dos con la pistola en la mano.

—Se me está ocurriendo una idea —dijo Jacques.

—Cállatela —repuso Michel.

—Se refiere a vosotros, muchachos. Es una cosa que me preocupa.

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo vais a volver si se supone que el accidente va a ocurrir en este automóvil?

—Eres mal observador. Edouard nos sigue con otro coche. Volveremos en él. Jacques sacudió la cabeza.

—Tipos listos. Habéis pensado en todo.

Estaba lleno de ira.

No iba a tener ninguna oportunidad.

Había corrido muchos peligros a lo largo de los últimos años. En Argelia, en Francia, y hasta el verano anterior en Italia. Nunca se arriesgaba más de lo necesario y, siempre, a cambio de dinero. Y esta vez había metido el cuello en un asunto en que nadie le iba a pagar nada. ¿Por qué, por qué lo había hecho? ¿Qué le importaba a él Bakki-Lu, un negro africano? ¿Qué más le daba a él que en aquel país, a miles de kilómetros de Francia, gobernase un grupo u otro? Y al fin y al cabo, ¿para qué hacía falta Bakki-Lu en su patria? Ningún hombre es indispensable. Después de Bakki-Lu, habría otro y después muchos otros… Las ideas no morían con el hombre…

Al infierno con todo. Pero lo peor no era eso.

Lo peor era que iba a morir con él una mujer a la que tan sólo

un día antes no conocía. Romain interrumpió sus pensamientos.

—Ya estamos llegando, chicos.

Claudine dio una palmada y rió divertida.

—¿A qué *boite* vamos? Hablaba con voz estropajosa.

—No vamos a ninguna *boite* —respondió Romain.

—No sea usted aguafiestas… Han hablado de una juerga.

—La juerga ya empezó —dijo Michel.

—Traigan *whisky*… Quiero beber más.

—Te hace daño, nena.

—Oh, no, sólo es al principio. Ahora quiero más. Anden, paren el coche y echemos un trago. Yo invito.

Romain, el conductor, soltó una risotada.

—Eh, Michel, la chica está como Jeanne cuando bebe una copa de más.

—Cierra la boca y lleva el coche donde debes. Romain sacó el vehículo de la carretera. Fueron un rato por un camino secundario.

—Apaga los faros, Romain —ordenó Michel. Romain apagó los faros.

El auto corrió otros cincuenta metros y por fin se detuvo.

—Bien —dijo Romain—. Éste es el sitio.

Jacques estaba mirando por el espejo retrovisor y vio que el auto que los seguía, el que tripulaba Edouard, se quedaba al comienzo del sendero, muy poco alejado de la carretera principal.

Pero de todas formas allí quedaban tres hombres y los tres tenían pistola. Charlie abrió la portezuela de su lado y salió.

Michel clavó su pistola en el costado de Jacques.

—Vamos, sal detrás de Charlie.

—Con mucho gusto.

Charlie estaba al otro lado del hueco apuntándole también.

Jacques salió sin intentar nada. Habría sido una estupidez porque las balas le hubiesen entrado por el pecho y la espalda.

Michel salió detrás de él.

Jacques oyó el silbido de un tren a lo lejos.

—¿Cómo lo vais a hacer, Michel? —preguntó.

—Estamos junto a una vía del ferrocarril, cerca de una curva. Cuando el tren pasa por ahí lo hace a más de cien kilómetros por hora… No puede detenerse. Bueno, si lo hace, ya es demasiado tarde… Vosotros estaréis dentro del auto, sin conocimiento.

—No está mal…

—No os daréis cuenta de vuestro final…

—Sois unos chicos muy considerados.

Claudine continuaba en el auto y, de pronto, se puso a cantar. Romain también seguía ante el volante.

—Eh, Michel, la chica no sabe lo que le espera… Mira qué alegre.

—Pégale ya en la cabeza… Jacques apretó los dientes.

Nada podía hacer por él ni por Claudine.

En aquel momento, Claudine abrió la portezuela de su lado. Cayó en el suelo.

—Romain —gritó Michel—. ¿Por qué la has dejado salir?… Claudine se puso de rodillas en la tierra y cantó.

Romain apareció por la proa. Tenía una llave inglesa en la mano.

—Da lo mismo, Michel… No te enfades. Le pegaré ahora y la volveré a meter… De todas formas, había que cambiarla para que ocupase el volante.

La joven se levantó dando traspiés y apuntó a Romain con el dedo índice.

—Eh, chico… Yo te conozco a ti… Se echó encima de él.

Jacques pegó un puntapié a la pistola manejada por Michel. Al mismo tiempo, se revolvió y logró conectar un puñetazo en la cara de Charlie.

Michel perdió la pistola, pero no Charlie.

Jacques tuvo en cuenta eso y saltó sobre Charlie.

Los dos rodaron por el suelo.

Jacques sabía que se tenía que dar más prisa que en ningún momento de su vida. Pegó un puñetazo en la cara de Charlie y sintió que se desmadejaba.

En la fracción de minuto siguiente, le quitó la pistola.

Giró con rapidez.

Michel ya había recuperado el arma y se disponía a hacer fuego. Sin embargo, Jacques disparó antes.

Michel recibió el impacto en el pecho y cayó hacia atrás.

Romain se estaba dando cuenta de lo que ocurría y trataba de librarse de Claudine.

—Quítate, maldita…

Claudine le pegó un zarpazo en la cara.

Romain se apartó de ella y levantó la mano con la llave inglesa. Un golpe y hundiría el cráneo de la joven.

Jacques hizo fuego otra vez.

Romain se tambaleó Con el brazo levantado.

—Maldita borracha —dijo y se derrumbó.

Jacques acudió al lado de Michel y se cercioró de que estaba muerto. La bala le había partido el corazón.

Luego, observó a Romain. También se había largado al otro mundo. El plomo le había atravesado el pecho por el centro.

Claudine estaba de rodillas en el suelo, sollozando.

—Cálmate, pequeña… Lo hiciste muy bien. Legraste engañarlos…

Le pasó la mano por el cabello y la ayudó a levantarse. La apretó contra sí y la besó en el cuello.

Oyeron un gemido.

Charlie estaba despertando.

—Perdona, nena, tengo que ocuparme de este tipo.

Se acercó a Charlie y, cuando se iba a incorporar, le apoyó el cañón de la pistola en la frente.

Charlie detuvo su movimiento y miró a Jacques con los ojos agrandados.

—¿Qué vas a hacer, Jordan?

—Levantarte la tapa de los sesos.

—No…

—¿Qué ibais a hacer vosotros?

—Yo seguía órdenes.

—El cuento de siempre.

De repente se encendieron unos faros. Era el coche de Edouard.

Jacques se arrodilló junto a Charlie sin dejar de apoyar la pistola en su cabeza.

—Habla con Edouard. Dile que todo va bien… A lo lejos, Edouard salió del coche.

—Eh, muchachos, ¿qué es lo que pasa ahí?

—Todo va bien —le respondió Charlie.

Edouard se había quedado un momento quieto. Indudablemente debía tener la pistola en la mano. De pronto, echó a andar hacia el lugar donde había sobrevenido la lucha.

Jacques miró a la joven. Sólo estaba arrodillada.

—Tírate al suelo, Claudine…

Ella así lo hizo.

Edouard se detuvo de nuevo.

—Eeh, Michel… ¿Dónde estás…? No obtuvo la respuesta deseada.

—¡Michel!… ¡Charlie!…

Jacques no esperó más. Movió la pistola e hizo fuego.

Edouard disparó también. Pero lo hizo como un muñeco, gesticulando mucho. Jacques volvió a apretar el gatillo.

Edouard se derrumbó enviando una última bala sobre las estrellas.

Charlie estaba paralizado. Ahora quiso recuperar el tiempo perdido y lanzarse sobre Jacques. Pero éste lo volvió a apuntar con el arma.

—Quieto, Charlie…

—De acuerdo.

—¿Dónde está Christian Sardel?

—Se fue con Simone.

—¿Crees que esto es un juego? Ahora debo preguntarte dónde está Simone… Dime ahora que está con su abuela y te meto una bala por las fosas nasales.

Charlie dio la dirección de Simone.

—Bien, Charlie, vas a hacer el viaje con nosotros.

—¿Adónde?

—¿Adónde va a ser? A casa de Simone… Quiero hablar con Christian Sardel…

—Oiga, ya sabe dónde encontrarlo…

—Es lo que tú dices.

—Déjeme marchar… Me iré de París esta misma noche…

—No, Charlie.

—Tengo un hermano en Lyon… No volveré por París en mucho tiempo, hasta que todo esto haya sido olvidado.

—No me importan tus razones… Vendrás con nosotros a casa de Simone y se acabó. Tú ocuparás el volante y no te equivoques de camino o te vas al cementerio con tus amigos…

CAPÍTULO XVI

Christian Sardel besó los labios de la rubia que tenía entre sus brazos. Ella apartó la cara haciendo un gesto de coquetería.

—Christian, te has olvidado de algo.

—¿Qué cosa?

—De traerme los pendientes, me dijiste que me los regalarías hoy.

—Sí, fue lo que te dije, pero tuve mucho trabajo. Los traeré mañana y será lo mismo. Christian besó otra vez a la rubia, que poseía un cuerpo muy atractivo.

En aquel momento se abrió la puerta del apartamento.

Christian dio un respingo y se dio la vuelta llevando la mano a la axila, pero se detuvo al ver al hombre que estaba allí.

—¿Qué haces aquí, Paul…?

Era Paul Lefranc, el jefe de Christian.

Éste hizo una señal con la cabeza y Christian comprendió. Dijo a la rubia que se marchase y ella se metió en el dormitorio.

—¿Desde cuándo das tú las órdenes, Christian? —exclamó Paul cuando quedaron a solas.

—No te comprendo.

—Has hecho una porquería con eso de Bakki-Lu.

—¿Quién dice que es una porquería? Bakki-Lu no existe. Fue eso lo que me confiaste, ¿verdad, Paul? Y yo te dije que llevaría a cabo el trabajo.

—Sí, lo has hecho, pero ¿de qué forma? Sólo faltó que repartieses invitaciones.

—Eh, Paul, no tienes derecho a decir eso…

—¿Que no? ¿Qué me dices de lo que pasó en el hotel Republic? ¿Qué de lo que ocurrió más tarde en el garaje de ese mismo hotel?

¿Qué de lo que pasó en cierta exposición de pintura?

—Surgió un contratiempo.

—¿Cuál fue el contratiempo?

—Un entrometido, un tipo al que no conocemos. Se llama Jacques Jordan, es un aventurero… Empezó a ponernos las cosas difíciles, pero ya se acabó.

—¿De veras?

—Los muchachos fueron a darle el pasaporte.

—¿Y a quién más le van a dar el pasaporte?

—A una chica que Jordan conoció en el hotel Republic y que también se relacionó con el negocio.

—Qué grande eres tú… ¿Por qué no quitar de en medio a un centenar más de parisienses…? Quizá os vieron por ahí…

—Eso que hemos hecho ha sido necesario, Paul.

—Ordené que la desaparición de Bakki-Lu tenía que hacerse con el mayor secreto…

—Y así se ha hecho.

—Como chiste no está mal.

—Yo he cumplido, Paul… Bakki-Lu está muerto… Lo enterramos en…

—¡Basta…! No quiero saber donde fue enterrado. Yo no he conocido a Bakki-Lu, no sé nada de Bakki-Lu… Para mí ese hombre continúa en Ginebra y, si alguien me pregunta qué hacia Bakki-Lu en París, yo le contestaré que es la primera noticia que tengo de que ese negro haya llegado a nuestra capital… ¿Cuántas veces he de repetirte lo mismo, Christian?

—Está bien, no te preocupes… Todo ha ido de primera. El asunto se acabó.

—Espero que así sea, por tu bien, Christian…

—No me amenaces, Paul…

—Sólo hago que sentar las cosas. Ocupo un cargo importante y me gustaría seguir desempeñándolo… La idea salió de mi cabeza, pero tú eres la mano ejecutora… Ganaste mucho dinero con esto. Un millón de francos.

—No me gané un millón… Hubo gastos, tuve que pagar a la gente… No me queda ni medio millón…

—¿Todavía te quejas…?

—No, no me quejo. Yo también puntualizo.

—¿Cómo vas a justificar la muerte de Jordan y la de esa chica?

—Sufrieron un accidente de automóvil cuando viajaban ebrios…

—No está mal.

Christian sonrió por primera vez desde que llegó Paul Lefranc.

—Te he dicho que he atado todos los cabos… No he dejado una sola huella.

—Está bien, Christian, pero quiero que te tomes unas vacaciones.

—Sí, creo que me hacen falta.

—Vete al Caribe por un par de semanas.

—Desde luego —sonrió Christian mirando hacia la habitación donde se encontraba Simone—. El Caribe es un buen lugar para divertirse.

Paul también miró hacia la habitación.

—¿Sabe ella algo?

—No, ni una palabra… ¿Crees que voy contando por ahí la clase de trabajo que hago?

—Hay un avión que sale para las Bermudas a las seis de la mañana. Vete en él.

—Estoy de acuerdo.

—No hace falta que me llames a casa para despedirte.

—Pensé que querrías saber el resultado definitivo de lo de Jacques Jordan.

—¿No acabas de decir que sufrió un accidente de automóvil con la chica? Christian consultó su reloj.

—Sí, ya debe de haberlo sufrido.

—Entonces, ya no hay más que hablar… Buen viaje.

—Gracias, Paul.

Lefranc se dirigió hacia la puerta. Al abrirla, quedó quieto.

Jacques Jordan empujó a Charlie desde el corredor y Lefranc tuvo que apartarse para no ser arrollado.

Christian empezó a ponerse pálido. Jacques cerró la puerta y se apoyó en ella.

Apuntó con la pistola a Christian, entre Lefranc y Charlie.

—Hola, Christian, nos volvemos a ver.

La nuez bailó en el cuello de Christian.

—¿Qué pasó, Charlie?

—Jordan mató a todos los demás.

—¡No es posible…! ¿Cómo un hombre pudo con vosotros cuatro?

—La chica le ayudó.

—¡Maldito seas, Jordan…!

Jacques intervino con una sonrisa.

—Bien, Christian, ya estás enterado… Jugaste tus naipes, pero no lo hiciste en el momento oportuno. Ahora perdiste la mano… Anda, preséntame al caballero…

—Es un amigo que vino de visita. Ya se iba.

Jacques miró a Lefranc, que asistía mudo a la escena.

—Su nombre, amigo…

—Disculpe, pero no sé de qué están hablando ustedes… No entiendo nada. ¿Quiere dejarme salir…?

—Se lo diré de otra forma. Diga su nombre o le meto una bala en el ombligo. Palabra de honor que se lo meto.

—Paul Lefranc…

—Ya lo suponía… De modo que es usted el jefe de esta pandilla de gangsters…

—No soy el jefe de ninguna pandilla de gangsters, señor Jordan… Desempeño un cargo muy importante.

—Jefe de la Investigación Estratégica… ¿No es eso, señor Lefranc?

—Sí.

—Un bonito nombre para enmascarar a un paquete de asesinos.

—Cuidado con lo que dice… Puedo denunciarle al Fiscal General.

—Usted podrá mandar un servicio especial, la Investigación Estratégica, pero sigue siendo un asesino. Y todavía no conozco a un asesino que se atreva a solicitar el apoyo del Fiscal General.

Paul Lefranc sacudió la cabeza.

—Al parecer es usted más inteligente que lo que mi amigo Christian imaginó.

—Es posible.

—Señor Jordan, quiero hablar con usted con sinceridad y lo voy a hacer oficialmente.

—¿Qué es lo que tiene que decir?

—Le voy a ordenar que salga de aquí, que se vaya a su casa, que olvide todo lo que vio esta noche…

—¿Qué le hace pensar que voy a obedecer sus órdenes?

—El interés de la República.

—Eso fue muy gracioso… La República no tiene nada que ver con lo que pasó esta noche… Ustedes hicieron su negocio particular y lo hicieron abusando del cargo que cada uno ostenta… ¿Lo oye, señor Lefranc? Usted lo ha dicho antes, no soy tonto, y aquí no hay ningún secreto de Estado… Ustedes cometieron un repugnante asesinato y lo hicieron por dinero… La única diferencia entre ustedes y los asesinos comunes, es que echaron mano a la representación que ostentan para asegurarse la impunidad… Pero ustedes fallaron y van a recibir su merecido.

—Espero que no esté hablando en serio y que sólo pretende aumentar su precio.

—No, señor Lefranc, no quiero dinero. En esta ocasión, sólo quiero que se haga justicia.

—Estoy dispuesto a pagarle medio millón de francos.

—No sirve.

—Ponga precio.

—Señor Lefranc, avance hacia el teléfono que hay sobre la mesa.

—¿Para qué?

—Va a hacer una llamada.

—¿A quién?

—A la persona que usted nombró antes, al Fiscal General de la República… Usted le va a contar todo lo relacionado con la desaparición de Bakki-Lu. ¿Lo oye bien?

¡Absolutamente todo!

—Suponga que me niego.

—Lo mataré.

—No se atreverá a disparar contra mí. Jacques arqueó el dedo en el gatillo.

—Le apuesto lo que quiera, incluidos mis zapatos, a que me lo cargo si no se pone a hablar en diez segundos.

Paul Lefranc cerró los ojos y los volvió a abrir. Dio un suspiro.

—Sí, señor Jordan. Creo que es usted capaz de matarme.

—Gracias por concederme su confianza.

Paul Lefranc echó a andar hacia la mesa donde descansaba el teléfono. Descolgó el auricular y marcó un número.

—Por favor, quiero hablar con el Fiscal General de la República.

* * *

Claudine, cubierta con blusa y *shorts*, estaba haciendo gimnasia en su apartamento del hotel.

La puerta se abrió suavemente y entró Jacques Jordan. Ella interrumpió sus movimientos.

—¿Ya acabaste con todo, Jacques…?

—Sí.

—¿Dónde habían enterrado a Bakki-Lu?

—En un bosquecillo. Me llevaron para identificarlo. No sé qué va a pasar. Quieren mantener el crimen en secreto, pero no lo conseguirán. No comprendo a esta gente. Deberían airearlo. Cuando intervenga la prensa, todo saltará por los aires como una bomba… Pero ellos prefieren estar en el polvorín con la mecha encendida, o quizá no se den cuenta de que está encendida… ¿Sabes lo que me aconsejaron? Que me marche una temporada al extranjero. Me dieron a elegir el sitio. Todo pagado.

—¿Diste la conformidad?

—Sí.

—¿Y qué lugar elegiste?

—Escocia. Es un país que no conozco. Pero puse una condición.

—¿Cuál?

—Tenían que ser dos plazas.

Jacques echó a andar hacia la joven.

—¿Dos plazas? —preguntó Claudine—. ¿Y para quién es la otra…? Jacques va había llegado junto a Claudine.

Se miraron a los ojos.

El la atrapó por la espalda y besó los rojos labios entreabiertos de la joven. El teléfono se puso a sonar.

—Perdona, Jacques —dijo Claudine.

Caminó como una sonámbula hacia la mesa y tomó el auricular.

—¿Sí?

—Soy Yves, Claudine… Me acaban de dar el Gran Premio de la Pintura Abstracta… Quiero que vengas a celebrarlo. Está aquí toda la pandilla…

—Lo siento, Yves, pero no puedo.

—¿Por qué?

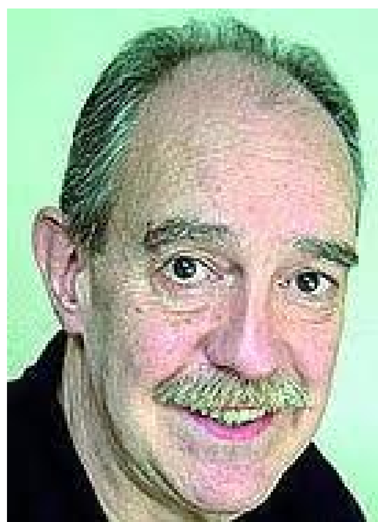
—Porque a mí también me han dado un premio. El de la

Psicología en la Reproducción del Bacalao… Voy a ir a Escocia para recogerlo…

—¿Cómo…? ¿Qué has dicho…? No he oído bien…

Claudine no pudo contestar porque Jacques la estaba besando.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).